

**Carlo Maria
Martini**

**¿Todavía
existe algo
en que
creer?**

Carlo Maria Martini

Cardenal arzobispo de Milán

**¿TODAVÍA EXISTE
ALGO EN QUÉ CREER?**

EDICEP ^C
_B

MÉXICO • SANTO DOMINGO
VALENCIA

Los textos bíblicos son de la «*Biblia San Jerónimo*»,
Edicep, Valencia, 1996.

¿TODAVÍA EXISTE ALGO EN LO QUE SE PUEDE CREER?

C'È ANCORA QUALCOSA IN CUI CREDERE

© EDIZIONI PIEMME
15033 Casale Monferrato (AL)
Via del Carmine, 5

Colección: FONDO DE LO HUMANO N. 30

Traducido al español por: Antonio Benlloch Poveda
Diseño de portada: Antonio Díaz Tortajada

PRINTED IN SPAIN
I.S.B.N.: 84-7050-433-9
Depósito Legal: V-953-1996

© by **EDICEP C.B.**
Almirante Cadarso, 11
Tfno.: (96) 395 72 93 - 395 20 45
Fax: (96) 395 22 97
46005 - VALENCIA (España)

IMPRIME: GUADA Litografía S.L.

Se oye con mucha frecuencia esta pregunta:

¿Qué podemos creer todavía?

Después de tantas teorías, tantas discusiones de exégetas, de teólogos, de psicólogos de la religión, tantas reinterpretaciones del cristianismo en clave sociológica o psicoanalítica, ¿sobre qué podemos todavía apoyarnos para creer y esperar en nuestra existencia ordinaria?

En los últimos veinte años somos frecuentemente interpelados con éstas o semejantes preguntas, que no solamente nacían por los que nos hacían los demás, sino incluso de mi propia experiencia, de las lecturas y de los estudios, de los sufrimientos cotidianos de tanta gente y de las catástrofes sociales y políticas.

Había un punto sobre el que convergían tales experiencias y la sensación suscitada por ella: la angustia. Este término expresa una experiencia tan común hoy que es suficiente evocarla para descubrir que hay mucha gente que se pone enseguida a la escucha. Es el ansia que nace de la seguridad destruida sobre cosas que parecían más sólidas y de la fatiga al encontrarse con la propia carga de nociones de las respuestas reaseguradoras. Es el

miedo de deber afrontar un futuro incierto permaneciendo privados de aquel poco de terreno sólido que creíamos haber conquistado con las reflexiones personales o con adhesiones simples y fiduciales a una tradición religiosa recibida de personas que parecían dignas de fe. Es la soledad que experimentamos cuando, frente a problemas que nos superan, nos parece no saber ya en quien confiar.

Por esto he sentido frecuentemente en estos años, el deseo de rehacer aquellas realidades simples y claras sobre las que es posible construir, sin mentirse a sí mismo y sin deshonestidad intelectual, una existencia capaz de resistir a la tentación de angustia que regularmente nos asalta. Diversas circunstancias me han lanzado después a expresar en voz alta estas reflexiones a un público numeroso, sea a través de la radio o de la televisión, sea en los encuentros que he llamado «Cátedra de los no creyentes», en los cuales hombres de fe diversa o sin fe, pero pensadores serios, exponen las motivaciones y experiencias de su creer y de su no creer.

Las páginas que siguen son por eso de origen diverso y pertenecen a géneros literarios distantes entre sí, así como son diversas en ellas las conversaciones radiofónicas de las transmisiones televisivas o de una conferencia. Pero uniéndolas hoy, a pesar del tiempo transcurrido, encuentro que tienen en común el esfuerzo de responder a la pregunta de fondo, «en qué podemos creer todavía» y hacen referencia de forma diversa a aquella angustia que rompe la serenidad de tantas mujeres y tantos hombres de nuestro tiempo. Resaltan, de estas páginas por contraste, el significado y la solidez de la fe cristiana. La fe es un confiarse a Dios que vence la angustia: no es una carga de nociones que exige un fatigoso adoctrinamiento, es el bien más grande y libertador del hombre.

El lenguaje ha permanecido directo y tal vez circunstancial de la expresión original. Estas páginas son pues una conversación amigable en la cual, a partir de mis per-

sonales y no siempre fáciles caminos de investigación, deseo entrar en comunión con otros que están haciendo los mismos caminos. Nos encontramos unidos en la confianza o al menos en el presentimiento que todavía existe algo «en lo que podamos aún creer» y que toda angustia humana pueda ser vencida cuando resuena la palabra de Jesús a María Magdalena: «Mujer, por qué lloras» (Jn 20, 13) o aquella de los apóstoles en la tempestad sobre el lago: «Ánimo, soy yo, no tengáis miedo» (Mt 14, 27).

**LOS EVANGELIOS:
¿HISTORIA O LEYENDA?**

¿Se puede todavía creer en el Evangelio?

En otro tiempo las objeciones contra el valor histórico de los evangelios venían de aquellos que se encontraban fuera de la Iglesia, más todavía de los adversarios del cristianismo. Al oír a alguien poner en duda la veracidad de cualquier narración evangélica se solía decir que «éste ha leído a Renán», o cualquier otra obra de los racionalistas. Ninguno se asombraba que hombres no creyentes pusieran en duda los hechos de la vida de Jesús o la autenticidad de sus palabras.

Sin embargo, hoy, la situación ha cambiado: en el interior de la misma Iglesia hay voces, si no de duda, sí al menos de preguntas inquietantes, tal vez angustiosas. ¿Se puede creer como en otro tiempo el valor histórico de los evangelios? ¿La moderna ciencia histórica, el progreso de la exégesis bíblica, los actuales métodos de interpretación, no han mostrado quizá que las posiciones defendidas por tantos siglos no son sostenibles ya, y deben ser abandonadas si la Iglesia quiere la voz de la ciencia y no quedar en una posición de retraso?

El problema es serio y complejo. No es posible agotarlo en poco tiempo, pero indagaré al menos cómo ha nacido esto, y por qué está hoy de esta manera tan viva.

¿Por qué ha cambiado la situación?

¿Cómo es que la tranquila confianza que se tenía todavía hace poco tiempo en el mundo católico, entre el clero y los fieles, en la credibilidad de cuanto se afirma en las narraciones evangélicas, ha sucedido un período como el nuestro en el cual se alzan voces de confusión y de incerteza?

Hay motivos objetivos que explican esta situación, y hay que buscarlos en el desarrollo de la ciencia bíblica de los últimos decenios.

En otro tiempo, para probar el valor histórico de los evangelios, se utilizaba el argumento que podríamos llamar justamente «clásico», fundado sobre dos grandes razonamientos: la «ciencia» y la «veracidad» de los autores de los evangelios, es decir Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Estos hombres, se decía, son personas que han conocido de cerca los hechos de los que hablaban, y por lo tanto no han podido equivocarse al narrarlos. Ellos además no han tenido motivos para engañar, eran personas sinceras, que han dado la vida para testimoniar sus afirmaciones: son por tanto dignos de fe.

Pero la investigación exegética de los últimos decenios había hecho surgir, a propósito de la formación de los evangelios, algunos hechos, que aunque no eran nuevos, habían permanecido por muchos siglos fuera de la atención de los exégetas y de los apologetas. Tales hechos, a pesar de no negar directamente la ciencia y la veracidad de los autores de los evangelios, parecían exigir un atento repensamiento de los argumentos tradicionales. Intentaremos resumirlos brevemente.

Un largo período de formación

En primer lugar se venía reconociendo siempre más claramente que los evangelios son una obra que ha pasado a través de un *largo proceso de formación*. No se podía

concebir como una biografía escrita en una mesa, casi que Mateo, o Marcos, hacia el año 60-70 d.C., se habían encerrado en una habitación y, rehaciendo en la memoria los hechos ocurridos treinta años atrás, habían escrito una vida de Jesús. Este modo de ver, está ya de hecho en contradicción y respecto a dos de los evangelistas al menos, es decir Lucas y Marcos, que nunca participaron en la vida de Jesús. Ellos no podían por lo tanto basarse sobre recuerdos personales. Aunque para los otros evangelistas, todo lo que sabemos de la tradición antigua, nos induce a mantener que ellos representan no tanto los recuerdos privados de los evangelistas cuanto la sedimentación de la predicación que se hacía en la Iglesia de Jesús. La conclusión era pues obvia: no es una narración inmediata de los hechos y dichos de Jesús, sino que hay un período bastante largo de transición, en el cual son repetidos en las iglesias y reagrupados de diverso modo antes de llegar a ser parte de nuestros evangelios escritos. Un hecho que nos permite acariciar con nuestras propias manos las consecuencias de este lento proceso de formación, viene a través de la *diversidad* que encontramos en los evangelios cuando los comparamos. Tal diversidad había sido siempre conocida en la Iglesia, y ya san Agustín, en su obra «*Sobre la concordia de los evangelistas*» se había preocupado de explicarla. ¿Jesús ha enseñado el Padre nuestro durante el primer discurso inaugural (como se lee en Mateo 6, 9-13) o más tarde, a petición de sus discípulos (como dice Lucas 11, 1-4)? ¿Las palabras pronunciadas por Jesús sobre el pan en la última Cena fueron seguidas de una invitación a hacer aquello «en memoria suya» (como se deduce de Lucas 22, 19), o bien fueron dichas de la forma sencilla como lo han relatado Mateo y Marcos? etc.

Cualquiera que sea la respuesta que se da a éste y a muchos problemas semejantes, permanece válida la constatación que la narración evangélica no es un relato inmediato de aquello que ha acontecido, sino pasajes a través

de un proceso de formación, durante el cual pueden haber sufrido adaptaciones y mutaciones. Los evangelios por lo tanto tienen una propia prehistoria, la cual complica la opinión que se tenía hasta hace algunos decenios del autor, testimonio ocular de los hechos que transcribe simple y fielmente así como los recuerda.

Una prehistoria oral

Un segundo hecho que ha ido tomando conciencia en los últimos años puede ser expuesto así: la prehistoria que está detrás de los evangelios ha sido ante todo una prehistoria *oral*. Los evangelios han aparecido siempre más claramente a los ojos de los exégetas como libros derivados de la predicación apostólica hecha a viva voz. Esta constatación no es sin embargo nueva en la Iglesia. Ya san Ireneo, en el siglo II, afirmó que el Evangelio fue primeramente predicado y después escrito. Sin embargo nunca se había preguntado, hasta hace algunos decenios, qué influjo pudiera tener sobre el material evangélico la circunstancia que los dichos y los hechos de Jesús, antes de ser escritos, hubieran sido transmitidos a viva voz.

Nosotros sabemos que la palabra hablada se toma a veces ciertas libertades respecto a la escrita. Teniendo delante un auditorio concreto, el predicador tiende a adaptar aquello que debe ser dicho según la capacidad y las necesidades de los oyentes, abreviando, omitiendo particularidades, desarrollando algunos aspectos que no parecen haber sido bien comprendidos. ¿Hasta qué punto se puede admitir que los predicadores se permitieron tales libertades en la transmisión oral de los dichos y hechos de Jesús?

Los evangelios, escritos de los creyentes

Hay un hecho que, a pesar de ser conocidísimo desde los orígenes de la Iglesia, ha sido expuesto a la luz y ana-

lizado solamente en tiempos recientes: el hecho, en efecto, que los evangelios son claramente obra de *creyentes*, los cuales buscan persuadir e instruir a los demás. Son escritos a partir de la fe en Cristo resucitado y en Cristo Hijo de Dios. No son por lo tanto documentos, como se suele decir, «neutrales», que registran fríamente los datos. Son escritos «comprometidos», que provienen de un grupo de personas que amaban profundamente a Cristo y habían tomado partido por él.

¿Es posible, se ha preguntado en la investigación histórica reciente, conseguir datos históricos objetivos, críticamente válidos, partiendo de testimonios de este género?

Repensar el argumento tradicional

La ciencia exegética se ha encontrado de este modo frente a una nueva obligación: repensar el argumento antiguo a la luz de las recientes investigaciones. Debemos decir en seguida que esto ha sido muy fructuoso. Es verdad que ello ha producido algunas veces, fuera del círculo de los estudiosos y competentes, ciertas perplejidades. Todavía hoy podemos afirmar que, a la luz de tres hechos indicados anteriormente, el argumento que hemos llamado «clásico», fundado sobre la ciencia y la veracidad de los autores de los evangelios, no solamente permanece plenamente válido, sino que puede ser desarrollado a fondo en la virtualidad que ello contiene y dar así una respuesta pacificante a los interrogantes actuales. Por eso la genuina adquisición de la crítica histórica de los últimos cincuenta años no se opone a la fe tradicional en los valores históricos de los evangelios, sino que nos ayuda incluso a comprender mejor tales valores, formulando la argumentación de manera más amplia y comedida a los varios aspectos de un problema tan complejo.

Expongamos pues en síntesis cómo es posible hoy mostrar el valor histórico de los evangelios teniendo en cuenta

todos los hechos hasta aquí señalados. Conviene por esto separar la argumentación en varias etapas, correspondientes a los diversos períodos de la formación de los evangelios.

Las etapas de la formación de los evangelios

1. La comunidad de vida de Jesús con los apóstoles

Jesús no se presenta en Israel como un profeta aislado, que llevaba una vida solitaria, sino como un profeta que quería ser un maestro (*rabbi*), es decir el jefe de un grupo de discípulos. Los cuatro evangelios colocan, concordemente al inicio de la vida pública de Jesús, algunas narraciones de la vocación de los discípulos. También a continuación los evangelistas nos muestran a Jesús rodeado de los Doce, y también de grupos más amplios.

Esta comunidad de vida de Jesús con los apóstoles es, por sí misma, capaz de favorecer el surgir de tradiciones sobre la enseñanza de Jesús. Ella crea aquel contacto familiar y cotidiano que hace asimilar profundamente las ideas y principios del Maestro.

Pero había en Jesús una cualidad particular que favorece todavía mejor el impregnarse de recuerdos. En efecto su enseñanza no era impartida, como se haría hoy, en una escuela de catecismo o en una serie de conferencias teológicas; no tenía carácter puramente progresivo o teórico. Era una enseñanza más bien práctica, ocasional, ligada a las circunstancias de la vida cotidiana. Frecuentemente nacía espontáneamente de las preguntas realizadas al Maestro: «Maestro bueno, ¿qué bien haré para conseguir la vida eterna» (Mc 19, 17). «Maestro, ¿cuál es el mandamiento más grande de la Ley?» (Mt 22, 36). «Y ¿quien es mi prójimo?» (Lc 10, 29). Al dar sus respuestas breves y penetrantes, Jesús tenía el modo de expresar su enseñanza. Y tales respuestas, estando ligadas a personas particula-

res y circunstancias concretas, permanecían bastante más impresas en los oyentes que no una serie de doctrinas anunciadas abstractamente. Si la enseñanza se daba como fruto de un milagro, entonces el hecho maravilloso quedaba indeleblemente unido con la enseñanza que le acompañaba.

Incluso cuando Cristo daba instrucciones propiamente dichas, no se contentaba con explicarlas una sola vez. Todo nos hace pensar que actúa como el maestro religioso de su tiempo que, sentado en tierra, rodeado por sus discípulos, repetía pacientemente frase por frase su enseñanza, haciéndolo después repetir a sus discípulos sea a coro o solos, para asegurar que se les había quedado impreso en la memoria. Y es así como él preparaba a los apóstoles para su primera actividad de predicación, cuando los mandaba de dos en dos a los pueblos a predicar la penitencia y a anunciar el Reino de Dios (Mc 6, 7-13; Lc 9, 1-6).

Además su enseñanza no era expresada en fórmulas abstrusas e incoloras. Eso era originalísimo, tal vez dicho en forma paradójica, lleno de vida y de novedad. Algunas frases del Evangelio, escuchadas una sola vez, no se olvidan más. «Si tu mano es motivo de escándalo, córtatela... y si tu pie es causa de pecado, córtatelo...» (Mt 9, 43s.). «No debe saber tu mano derecha lo que hace tu izquierda» (Mt 6, 3). «Si alguno te hiere en la mejilla derecha, preséntale también la otra» (Mt 5, 39s.). Ninguno había hablado nunca así como este hombre, y los discípulos bebían de sus palabras, en las cuales encontraban resueltos, de manera simplicísima, los más arduos problemas de relación entre los hombres y el comportamiento del hombre respecto a Dios.

La misma forma literaria de las enseñanzas de Jesús eran tales de facilitar su aprendizaje. Una cierta cadencia rítmica que caracterizaban muchas de sus afirmaciones, las antítesis frecuentes que golpeaban a los oyentes («Bienaventurados vosotros los pobres... hay de vosotros

los ricos», Lc 6, 20-24), las parábolas que incluían la doctrina en un hecho de la vida cotidiana (la mujer que ha perdido la moneda, los pescadores que escogen el pescado bueno y malo, el hombre que va a sembrar); todo hablaba vivamente a los sentidos a la imaginación, y queda impreso en la memoria de los apóstoles.

Finalmente la comunidad de vida de los discípulos con el maestro, los hechos dramáticos que vivieron juntos (piénsese las agrias disputas con los adversarios, la expulsión de los mercaderes del templo, la tempestad en el lago) y sobre todo los momentos dolorosos de la pasión, se imprimieron en su mente con aquella intensidad como se imprimen en nosotros aquellos episodios, alegres o tristes, en los cuales hemos participado, aquellas situaciones que han sido determinantes para transformar nuestra existencia. Así después de muchos años los combatientes recuerdan con precisión los hechos de guerra en los que han participado, y lo cuentan como si acabaran de ocurrir.

Las normas de vida común de los discípulos. Hay otro motivo por el cual hoy la crítica literaria de los evangelios retiene que desde los tiempos de la vida pública de Jesús se formaron recopilación de recuerdos, principalmente de sus parábolas. Esto fue motivado por el deseo de aquellos que hacían vida en común con Jesús, esto es de sus apóstoles y discípulos más cercanos, recogiendo aquellas máximas del Maestro que justificaban su modo de vida y que podían ser transmitida a los que se les unían. Hay sobre todo dos tipos de parábolas del Señor, que manifiestan claramente de qué derivan claramente tales colecciones de dichos compuestas ya antes durante la vida pública. En primer lugar las parábolas dirigidas a justificar el peligro de seguir a Jesús y animar a la perseverancia. Considera expresiones como: «quien me sigue y no odia a su padre o a su madre... no es digno de mí» (Lc 14, 26); o bien

«ninguno que mete la mano en el arado y vuelve la vista atrás, es digno del reino de Dios» (Lc 9, 62); «dejad que los muertos entierren a sus muertos» (Lc 9, 60). Son parábolas muy fuertes, que se comprenden suficientemente bien si son pronunciadas y repetidas para explicar la «absoluta» de las exigencias de Jesús respecto a aquellos que intentan seguirlo en su camino.

Además esos dichos se refieren al modo práctico de vida que deben llevar los que siguen a Jesús. Tales dichos manifiestan su fuerza si se entienden en el contexto de aquellos que, abandonando cualquier ocupación estable y cualquier trabajo lucrativo, siguen cada día a Jesús como discípulos sin preocuparse por el futuro. «No os inquietéis por vuestra vida, qué comeréis; ni por el cuerpo, qué vestiréis» (Lc 12, 22). «No os inquietéis por el día de mañana; porque el día de mañana traerá su inquietud» (Mt 6, 34); «vended todo lo que tengáis y dad limosna» (Lc 12, 33). Así también ciertas invitaciones a la plegaria constante se comprenden mejor si se ve en las situaciones concretas de los discípulos itinerantes, privados de cualquier medio de subsistencia, que esperan el pan de cada día de la provisión del Padre.

De estas breves indicaciones podemos sacar la siguiente conclusión respecto a la primera etapa de la formación de los evangelios: teniendo en cuenta el hecho de que Jesús se ha presentado como maestro y profeta, se ha rodeado de discípulos, y les ha mandado predicar, nosotros podemos concluir que muchas palabras suyas han sido ciertamente conservadas, recogidas y transmitidas ya en el contexto de la vida pública. Por lo tanto el misterio de Jesús constituye, como se suele decir, la primera «situación vital» para la recogida y conservación de los dichos de Jesús. Muchas sentencias transmitidas por los evangelios revelan su pleno significado y su fuerza originaria solamente si son leídas en el transcurso de la situación concreta de la vida pública de Jesús.

2. La predicación de los apóstoles

Podemos, por tanto, oír resonar en los evangelios el timbre genuino de muchas palabras de Jesús. No obstante nos equivocariamos si pensásemos que los dichos y hechos del Señor, recogidos por los apóstoles durante su comunión de vida con él, hayan pasado sin más a nuestros evangelios escritos. Hay por medio un período bastante largo, cerca de treinta años (30 d.C. hasta alrededor del 60), que son los de la primera predicación.

Durante la vida pública de Jesús él ya había mandado a los apóstoles y a otros discípulos a predicar (cfr. Mc 6, 7-13; Lc 9, 1-2; 10, 1). Quería así prepararles al ministerio que les confiaría a ellos definitivamente después de su resurrección, enseñar a los hombres todo lo que les había dicho (cfr. Mt 28, 19-20).

La noticia más antigua que tenemos sobre la vida de las primeras comunidades cristianas están de acuerdo en presentar a los apóstoles, después de la ascensión de Jesús, lanzados valientemente al ministerio de la predicación. ¿En qué consistía la primera predicación que los apóstoles hacían a todos aquellos que querían convertirse, y después a los convertidos?

Gracias a documentos dispersos aquí y allá en el Nuevo Testamento (especialmente Hch 2, 14-40; 3, 12-26; 10, 34-43; 13, 16-46; 1 Co 15, 3-7), podemos reconstruir el contenido. A los no cristianos los apóstoles les presentaban un cuadro de la vida de Jesús de cómo lo habían conocido de vecino, insistiendo sobre todo en sus milagros, muerte y sepultura, y su resurrección gloriosa, para proclamar la divinidad de Jesús y la necesidad de convertirse y creer en él. A los cristianos, sin embargo, se les explicaba con mayor profusión otros episodios de la vida de Jesús, y sobre todo les exponían su enseñanza. Se les transmitía aquello que Jesús había dicho sobre las disposiciones necesarias para entrar en el reino de los cielos, sobre el de-

ber del perdón y de la caridad fraterna, sobre el estar vigilantes etc. Prácticamente podemos decir que se iba construyendo aquel conjunto de tradiciones referentes a los hechos y dichos de Jesús que formaban el material con que están hoy compuestos nuestros evangelios.

Características de la predicación primitiva. Hemos determinado así, de cualquier modo, el contenido de la primitiva predicación, aquella que inauguró el mismo día de Pentecostés, poco después de la ascensión de Jesús. Los documentos que son contenido y consecuencia de esta noticia nos permiten incluso llegar a conclusiones sobre las características de esta primera predicación.

Ante todo se trata de una predicación que no se apoya sobre la fantasía o lo oído decir, sino que quiere ser históricamente fundada, en este relatar los hechos y dichos de Jesús así como lo habían percibido testigos dignos de fe. Sólo en la certeza de que hubieran sido absolutamente verdaderos los milagros de Cristo, su pasión y su resurrección, los primeros cristianos podían adherirse a la fe y alcanzar la confianza en su salvación. Pablo no dudaba de afirmar; «Si Cristo no resucitó, vana es nuestra fe, pues aún estáis en vuestros pecados» (1 Co 15, 17). Por esto en la primera comunidad se apreciaban y se buscaban los testigos oculares, aquellos que habían visto a Jesús y podían contar sobre él con conocimiento de causa (Lc 1, 2: Hch 1, 21-22; 2, 32; 3, 15; 4, 20; 10, 41; 13, 31).

En segundo lugar es importante advertir que no se trata de una predicación confiada a la libre iniciativa de cualquiera, menos de los fanáticos. Estaba rigurosamente reservado a los apóstoles y a aquellos que habían recibido de ellos el mandato de predicar. Las noticias que se transmitían sobre Jesús no eran por tanto como las noticias que iban de boca en boca, con peligro de alteración o falsificación, sino parte de una predicación organizada y controlada, a la cual se podían referir solamente aquello

que el grupo de los primeros testimonios autorizados conservaban concorde y correspondiente a la verdad de los hechos.

Algunos ejemplos sacados de los *Hechos de los Apóstoles* nos pueden hacer comprender mejor esto. Ellos nos dan, desde el segundo capítulo, una panorámica de la primitiva predicación habida en Jerusalén. ¿Que tiene esta predicación? Pedro con los apóstoles. La predicación se presenta como una actividad específica de testimonios fundamentales, es decir de los Doce. Cuando se trata de encontrar un sustituto para el apóstol Judas, el traidor, no se busca solamente un hombre activo y celoso, sino uno que haya tenido parte en la vida de Jesús y que puede ser por tanto un testigo exacto de la misma (Hch 1, 21-22).

En los Hechos se habla también de otros predicadores además de los apóstoles, por ejemplo Esteban, Filipo, Bernabé y especialmente Pablo. Pero Esteban es uno que ha recibido la imposición de manos del grupo apostólico y por tanto subordinado a él (Hch 6, 5-7). Felipe se encontraba en la misma posición y la cristiandad que fundó en Samaria es poco después visitada por los apóstoles Pedro y Juan (Hch 9, 27; 11, 22). Bernabé es un hombre de confianza del grupo apostólico (cfr. Hch 9, 27; 11, 22), y Pablo, a pesar de haber recibido la investidura directamente del Señor, no ha descuidado visitar a los apóstoles (Hch 9, 27; Gal 1, 18).

Pues si debemos juzgar de la predicación del Nuevo Testamento según un criterio histórico, sobre la base de las fuentes auténticas, vemos que ésta se presenta como una predicación libre para todos, pero como una prerrogativa de los apóstoles elegidos para esto por el mismo Cristo; prerrogativa que es transmitida por ellos a personas de confianza que permanecen bajo su vigilancia.

Una tal predicación garantiza la conservación de la sustancia del mensaje mejor que la transmisión escrita, porque está hecha en un ambiente que vive de esos re-

cuerdos y se ha aprendido a trasmitirla de manera precisa. Escribe, Morris, un conocedor de la vida judaica: «El contenido principal de la cultura como de la educación judaica es la tradición, la memoria del pasado... Durante toda su vida, desde el nacimiento hasta la muerte, el judío estaba rodeado de una sucesión sin fin de signos y símbolos que lo invitaban incesantemente a recordar». Aunque estas palabras valen de manera particular para el período después de la caída de Jerusalén (70 d.C.), se puede decir sin duda que el ambiente a los cuales los apóstoles han confiado la transmisión del mensaje era un ambiente que daba mucho valor a la «tradición». Desde la primera Carta de san Pablo a los cristianos: «Manteneos firmes y conservad las tradiciones que aprendisteis» (2 Ts 2, 14). A los Corintios les recordaba algún año después que los «ecónomos o dispensadores» (la imagen indica a aquellos que tienen la responsabilidad del mensaje evangélico) «deben también asegurarse de que el mensaje sea transmitido sin alteraciones» (1 Co 4, 1-2). He aquí por qué nosotros podemos ver como en todas las comunidades del Mediterráneo, en los decenios que siguen inmediatamente a la resurrección de Jesús, la transmisión de sus recuerdos es substancialmente la misma y las fuentes que tendrán en cuenta más tarde los redactores de los evangelios representan un fondo común que se remonta a la única predicación apostólica. Por eso el hecho de que el Evangelio haya nacido de una predicación oral, no tan sólo que sea negado o guardado con temor, casi podría representar un elemento negativo en el juicio sobre su valor histórico, nos garantiza la fidelidad en la transmisión de los recuerdos de Jesús bastante mejor que un registro mecánico que fija el timbre de la voz, pero que no reproduce el alma.

Una predicación viva. Evidentemente esta predicación apostólica es una predicación «viva». Permaneciendo

también fidelísima al mensaje de Jesús ella podía, como cualquier predicación, permitirse adaptar al auditorio aquello que debía ser dicho. Incluso es precisamente esta posibilidad de adaptación lo que garantizaba la fidelidad al mensaje, a fin de que no quedase en pura letra, sino que fuese entendido según el verdadero espíritu. Nosotros podemos reconocer en nuestros evangelios, casos de tales adaptaciones de la predicación apostólica y nos persuadimos cómo han sido narrados en la rigurosa fidelidad al mensaje de Jesús. Tomemos el ejemplo de la bienaventuranza de la pobreza que ha sido conservada en la doble forma de «bienaventurados los pobres» (Lc 6, 20), directamente opuesta a «¡ay de vosotros los ricos!» (Lc 6, 24), y de «bienaventurados los pobres de espíritu» (Mt 5, 3). Hay una real diferencia en el modo de presentación del mismo texto. Éste es presentado en el evangelio de Lucas (6, 20) con un acento sobre el aspecto realista de la pobreza, sobre la privación de bienes externos, mientras en Mateo (5, 3) el acento es sobre la pobreza interior, sobre el sentirse pobre delante de Dios, como aquel que no pretende nada, todo lo acepta como don del Padre. ¿Cuál de los dos acentos era el mejor calco de las palabras de Jesús? Quizás ninguno de ellos: en Jesús tenía mayor importancia el aspecto mesiánico de las bienaventuranzas. Los pobres en efecto aquellos que, por su situación de penuria, están más dispuestos a acoger el reino de Dios y al Mesías; ahora el reino está aquí y el Mesías presente en la persona de Jesús. ¡Bienaventurados, por tanto, los pobres! Pero este significado de la expresión no excluye un sentido moral y ascético de las bienaventuranzas. En efecto, ¿quién está mayormente dispuesto a captar al Mesías? ¿Quién está despegado de las cosas, quién es pobre en el espíritu? ¿Y quién puede ser mejor que aquellos que viven en la pobreza efectiva? He aquí cómo los valores contenidos en la exclamación de Jesús, pueden ser diversamente citados sin traicionar el mensaje original.

La predicación apostólica no está viva solamente cuando considera con libertad el sacar a luz un aspecto u otro de aquello que comunica. Es viva también en el sentido que no se cansa de repetir materialmente la palabra que el testigo ha escuchado de la boca del Señor o aquello que ellos han visto de su acción. Los apóstoles transmitieron en efecto las cosas referidas a la vida de Jesús «con aquel completo entendimiento de los cuales ellos gozaban, instruidos por los hechos gloriosos de Cristo e iluminados del Espíritu de verdad» (concilio Vaticano II, *Const. Dei verbum*, n. 19). Allí hay algunos elementos que influyen sobre el contenido de la predicación. El primero es la fe en la resurrección gloriosa de Cristo, que permite comprender mejor el significado de sus actuaciones sobre la tierra y también de sus palabras. Así lo podemos ver por ejemplo en san Juan, a propósito de las palabras de Jesús: «Destruid este templo y lo reharé en tres días» que más tarde, cuando el mismo Jesús resucitó entre los muertos, sus discípulos se acordaron de estas palabras y comprendieron a fondo su significado (Jn 2, 19-22). Cuando los apóstoles predicaban tenían la posibilidad de hacer entender el valor de muchas palabras y acciones de Jesús presentándole sobre el fondo de los eventos que habían manifestado su gloria y su igualdad con el Padre.

El segundo factor es la iluminación del Espíritu Santo, expresamente prometido por Jesús a los suyos (cfr. Jn 14, 26; 16, 13; Hch 1, 8). En virtud a esa iluminación los apóstoles podían interpretar auténticamente las palabras de Jesús y el significado de sus actos.

Así la predicación primitiva, poniéndose siempre en estrecho contacto con los hechos de Jesús, se formulaba de modo que hacía resaltar el mensaje de verdad y salvación que ellos contenían y se permitía alguna libertad respecto al temor verbal de las palabras o a la pequeña precisión descriptiva de los hechos, libertad que, sin embargo, servía para aumentar el valor de su testimonio haciéndolo

capaz de indicar a los oyentes no sólo el contorno superficial, sino también la verdad cerrada en el interior de las cosas transmitidas.

3. *Los evangelistas escriben*

La predicación primitiva, que refería los hechos y los dichos basándose en la autoridad y el testimonio de los apóstoles, se llama también el «evangelio oral». Pero es natural que esta predicación no fuese destinada a quedar por mucho tiempo en la fórmula puramente verbal. Muy pronto la comunidad sentiría la necesidad de poner por escrito, al menos en parte, aquello que escuchaban, sea para poder volver sobre ello con mayor comodidad, sea para formar con más facilidad los nuevos predicadores. Surgieron por eso algunas recopilaciones parciales de dichos y hechos de Jesús. Es probable, por ejemplo, que formaran mucho antes una selección de las cinco controversias de Jesús con los fariseos, referidas por Marcos (cfr. Mc 2, 1-3, 6) o la serie unida de milagros relatada en Marcos 4, 35; 5, 43, como también unos cuantos párrafos del discurso de la montaña.

Estas recopilaciones parciales no debieron, sin embargo, satisfacer suficientemente el deseo de los cristianos. De ahí el surgir las primeras tentativas de presentar, en una obra única, los recuerdos principales relativos a toda la actividad pública de Jesús, no sólo a algunos aspecto de ella. Nacen así, precedidos quizás de algunas experiencias de menor importancia, a las cuales parece señalar san Lucas (1, 1), nuestros evangelios, cada uno según sus características.

Los evangelios que nosotros poseemos son pues una puesta en escrito de la primera predicación y catequesis, la relación escrita de los recuerdos sobre los hechos y enseñanzas de Jesús como lo transmitieron los apóstoles a las primeras comunidades. Cada evangelista ha recogido

y ordenado las materias según su estilo particular. Mateo insiste en presentar a Jesús como el Maestro anunciado, el nuevo Moisés, promulgador de la nueva ley articulada en cinco discursos, y da un particular valor a la sistematización orgánica de los dichos de Jesús. Marcos deja un poco aparte los discursos y presenta a Jesús como vencedor de las potencias malignas, incomprendido y hostilizado, que revela gradualmente al círculo de sus discípulos el secreto de su mesianismo sufriente. Según el plan de Lucas, la obra de salvación, iniciada en Jerusalén después de la predicación en Galilea se centra de nuevo en la ciudad santa, donde la salvación viene a término con la Pasión y Resurrección, para irradiarse de ésta a todos los confines de la tierra. Este plan es diverso en cada uno de los evangelistas y expresado de manera delicada, extremadamente discreta, a fin de dejar intacta la tradición común, derivada de la predicación apostólica. Un ejemplo de los evangelistas puede referirse a la misma realidad a pesar de tener su propia visión y lo podemos encontrar en la invocación «Padre» con la que se abre la plegaria del «Padre nuestro». Es probable que la formulación originaria, la que salió de los labios de Jesús, sea la que dice Mateo. En efecto la palabra «Padre» por sí misma es usada por Jesús solamente cuando habla directamente con su Padre. Sin embargo la palabra «Padre» acompañada de un adjetivo posesivo es de diversa calificación, es aquella que aparece incluso en otra parte en las instrucciones a los discípulos (cfr. Mt 6, 14-15; Mc 11, 25; Lc 11, 13). Parece pues que la fórmula usada por Jesús a los discípulos fuera distinta de la suya propia, la cual manifiesta la conciencia de su relación particular con el Padre. Él decía a Dios «Padre», pero enseñaba a los discípulos a decir «Padre nuestro que estás en el cielo». Ésta es la fórmula que ha conservado Mateo.

¿Qué es lo que hace Lucas? Él está bajo el influjo de la predicación de Pablo, el cual insistía en el hecho que des-

pués de la resurrección de Jesús y la bajada del Espíritu Santo podemos también nosotros clamar como Jesús: Abbá, Padre (Rm 8, 15; Gal 4, 6). El don del Espíritu nos permite repetirle a Dios las mismas palabras que ha dicho Jesús. Somos hermanos de Jesús hasta el fondo. Se explica así como en la comunidad paulina se puede haber difundido decir la plegaria enseñada por Jesús insistiendo en esta igualdad de invocación entre los cristianos y el Maestro, iniciándola por eso con la simple invocación: Padre.

Tal aspecto profundo está ciertamente contenido ya en las palabras de Jesús referidas por Mateo, pero viene explicada a través de esta ligera modificación hecha por Lucas.

En este sentido la obra de los evangelistas está en la misma línea de la predicación apostólica viva: no permanece siempre materialmente ligada a la formulación de Jesús, pero tal vez la desarrolla, con el intento de entender y valorar lo contenido en ella. Y esto, no con mutaciones arbitrarias, pero con matices que aparecen solamente a quien lee con mucha atención los evangelios.

La obligación de la exégesis de los evangelios es precisamente la de escoger todos estos elementos y, pasando a través de las divergencias entre los distintos evangelios, hacer entender la multiforme riqueza del único mensaje.

Es posible hoy reconstruir, al menos de algún modo, las principales fuentes escritas de las cuales se han servido los evangelios en su trabajo. Entre ellas una parte importante se refiere probablemente a un escrito muy antiguo, llamado también evangelio aramaico de Mateo, de los cuales se han servido también Marcos y Lucas. Pero establecer con más precisión el número, la cualidad, las relaciones recíprocas entre las fuentes y los evangelistas, es parte de un estudio más complejo (el problema sinóptico) del cual no podemos ocuparnos ahora.

Para el evangelio de Juan valen sustancialmente las cosas hasta aquí dichas, pero debe tenerse en cuenta la

naturaleza particular de este evangelio. Juan, dejando aparte muchos dichos y hechos de Jesús, ya relatados por los Sinópticos, escoge aquellos episodios en los cuales Jesús aparece como el «revelador» del Padre, aquel que lleva la vida a los hombres. Para resaltar más estas enseñanzas, no teme parafrasear o ampliar los discursos de Jesús, de modo que aparezca al lector el profundo significado teológico de aquello que viene narrado. La verdad que él comunica está por una parte unida al plano de la realidad histórica, y por otra en continuidad con el misterio del cual él nos habla.

Formación de los evangelios y su valor histórico.

Hemos visto como, a través de un largo proceso de formación, se llega, de los hechos y dichos de la vida de Jesús, a su transformación y formulación escrita. Así en el examen de este proceso, se da un lado que nos ha revelado la complejidad, de otro nos ha hecho ver como ello, en cada una de sus partes, confirma la validez histórica de los evangelios. Los apóstoles eran los mejor cualificados para retener en su mente los dichos y hechos de Jesús, de los cuales eran espectadores cotidianos, y se ejercitaron en anunciar en sus primeras prácticas de predicación desde el tiempo de la vida de Jesús. La predicación, que se hizo después de su muerte y resurrección, siempre ha sido hecha bajo la vigilancia del grupo apostólico, y en una constante preocupación de retransmisión fiel de cuanto había sido referido. En el momento de la puesta por escrito de los evangelios disponían, además de sus recuerdos personales, de todo este material ya cribado y elaborado, al cual podían referirse para escribir sus obras.

La solidez de las cosas transmitidas en el evangelio reposa así no solamente en el único testimonio de cualquier persona particular, sino sobre el grupo de los apóstoles, y el conjunto más amplio de aquellos que habían visto los hechos de Cristo y tenían todo el interés en que la narra-

ción se conservase con cuidado y fielmente. La reciente investigación exegética, no sólo no restringe, sino que prolonga la base testimonial sobre la que se funda el valor de los evangelios, y coloca a nuestra fe en comunión con aquella de la primera comunidad de los creyentes.

Una comprobación: el cotejo con la historia de la época de Jesús. Una verificación de la afirmación que a través de un largo trabajo de formación de los evangelios ha salido una obra que refleja auténticamente la genuina memoria de Jesús. En eso nos ayudan los recientes descubrimientos, especialmente los de Qumram. Recordemos que el ambiente de la vida y actividad de Jesús fue cambiando rápidamente en los decenios que le siguieron, especialmente a causa de la guerra de los Romanos contra los Judíos y de la consecuente destrucción de Jerusalén en el año 70. Ahora es fácil ver cómo los evangelios, a pesar de haber sido escritos en un período alrededor del año 70 o después de él, dejan transparentar en sus páginas un marco histórico, geográfico, cultural de la situación que corresponde exactamente a los del inicio de siglo.

Los personajes políticos y religiosos nombrados por los evangelios son los mismos que conocemos por otras fuentes como activos en aquel período: Herodes el Grande, Quirino, Herodes Antipas, Arquelao, Poncio Pilato, Anás, Caifás. El cuadro geográfico y ambiental es aquél de Judea y Galilea; ello se refleja, por ejemplo, en las parábolas (el sembrador, el trigo y la cizaña, la azucena del campo, la red y los peces...) y en los otros dichos de Jesús, y trasluce de las escasas indicaciones topográficas de los evangelios, que son suficientes para individuar el teatro de la actividad de Jesús (Cafarnaúm, la tierra de Genesaret, el lago de Tiberíades, Jerusalén y las poblaciones que le rodean, etc.). Incluso la vida cotidiana de la época se trasluce ampliamente de las narraciones evangélicas: el modo de vestir (Lc 6, 38; Mt 24, 18), las viviendas (Mt 24, 17; Mc 2, 4

etc.), la comida (Mc 14, 22; Lc 11, 5-12), las costumbres de la hospitalidad (Lc 7, 44-45), las ocupaciones cotidianas en una economía que predomina la agricultura y la pesca (Mt 4, 4-29; Lc 16, 6; Mt 20, 1; Lc 5, 1-11 etc.). Incluso las preocupaciones religiosas son aquéllas típicas del mundo palestino (y eso es más notable, ya que los evangelios fueron predicados y después puestos por escrito en gran parte entre la población de lengua griega); se hace referencia a Moisés y los profetas (cfr. Mt 8, 4; 19, 7-8; Mc 12, 19 etc.), allí se preocupa de la pureza legal (Mt 23, 25; Mc 7, 1-23), de la ley, del sábado y del templo (Mt 5, 17-19; Mc 2, 23-28; 13, 1-2).

El curso de los eventos de Jesús, como son contados por los evangelistas, está en plena continuidad con el ambiente histórico, geográfico, cultural y religioso de los primeros decenios de nuestra era: No se da, pues, una reconstrucción artificial hecha para dar una apariencia de base histórica, sino una espontánea concordancia con todos los varios y complejos componentes del mundo de la época, que no se puede explicar sino con el origen del material en aquel mismo ambiente, y su cuidada conservación. Sobre este fondo de conformidad con el ambiente se perfila netamente la singular personalidad de Jesús, así de concreta y simple y en conjunto imprevisible en sus manifestaciones, que desafía cualquier tentativa de imaginarla en abstracto (como pura ficción). La adhesión de Jesús al mundo que lo rodea y junto a su alejamiento conciso de aquello que le lleva a la muerte de cruz, son elementos importantes para juzgar, favorablemente, sobre la transmisión histórica de los evangelios.

¿Se puede creer en los testimonios de los comprometidos? De cuanto se ha dicho aparece cuál debe ser la respuesta a la dificultad, señalada al principio, sobre el carácter de *escritos de creyentes* propio de los evangelios. La naturaleza propia del mensaje cristiano, que tiene nece-

sariamente un fondo histórico, consistiendo en la proclamación de la salvación manifestada a los hombres en la vida, muerte y resurrección de Jesús, imponía a los primeros propagadores de la fe una rigurosa referencia a la historia. Ya que escritos por personas que se unían a Jesús, los evangelios mostraban las preocupaciones de relatar cuidadosamente sus hechos y palabras: en efecto sólo la adhesión a aquello que Dios ha realizado realmente en Jesús, es lo que da la esperanza en la salvación. Un testimonio semejante de uno que «está dentro», es preferible en estos casos a quien observa los hechos sin interés y de manera neutral. Como el científico puede referir sobre el experimento atómico por él realizado, de manera muchos más cuidada y digna de fe, que la de un profano al cual se le escapan muchos particulares y quizá incluso el significado mismo del experimento, así al relatar los hechos que eran el fundamento del propio compromiso religiosos los primeros cristianos pusieron toda su capacidad de testimonio fiel y cuidado. Es claro que éste podrá ser todavía revisado críticamente por nosotros. Y eso es lo que hemos hecho en las páginas precedentes, desmontándolo, por decirlo de alguna forma, en todas sus partes. Pero el refutar a priori el testimonio que viene del interior de un movimiento espiritual, sería cerrar el camino de hacer historia sobre todos los eventos más importantes de la humanidad.

Conclusión

El testimonio de los evangelistas y de todos aquellos que han contribuido a la formación de los evangelios es pues preciosísimo; cribado atentamente, se ha mostrado digno de fe y merecedor de ser aceptado.

Hemos llegado al final de nuestro camino, y podemos ahora afirmar con tranquilidad aquello que nos habíamos propuesto al inicio, es decir que el argumento tradicional

para mostrar el valor histórico de los evangelios permanece válido. Se trata siempre, tanto para ayer como para hoy, de exponer a un atento examen la ciencia y veracidad de los testimonios. Pero estos testimonios no son sólo de cuatro individuos autores del evangelio, es decir Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Son también los doce apóstoles, que han vivido con Jesús y que han entendido las palabras, han visto su pasión y son testigos de su resurrección. Son los primeros cristianos, no pocos de los cuales habían sido discípulos de Jesús y por lo tanto conocían los hechos de su vida; son los quinientos que vieron a Jesús resucitado, de los cuales habla san Pablo. En resumen toda la Iglesia primitiva, que ha creído y se ha comprometido ella misma hasta el sacrificio por Jesús, y nos testimonia la veracidad de estos escritos y los transmite con esmero para que lleguen hasta nosotros.

La complejidad de la formación de los evangelios y el hecho de que hayan nacido de una Iglesia de creyentes y de la predicación, no solamente no son hechos que nos crean incerteza en el estudio histórico de los evangelios, sino, al contrario, nos permiten la posibilidad de entender hasta el fondo a qué riqueza de testimonio estamos ligados, qué plenitud podemos encontrar en estas palabras, y nos dan la certeza de conseguir, a través del testimonio de los apóstoles, las expresiones genuinas del pensamiento y de las acciones de la vida de Jesús.

**DIEZ PALABRAS CLAVES
DE LA
EXPERIENCIA CRISTIANA**

Introducción

Nuestra exposición la centraremos sobre el significado de diez palabras claves de la experiencia cristiana, conectadas con el hecho fundamental que vivimos los cristianos.

Son palabras madres en torno a las cuales nacen otras, pero siendo frecuentemente repetidas, por desgracia van perdiendo su propio valor o desenfocándose. Las he escogido del evangelio según san Marcos y las digo conforme al orden mediante el que orgánicamente están colocadas y deben ser vividas:

- Evangelio
- conversión
- fe
- Bautismo
- perdón
- curación
- cruz
- Dios
- Hijo de Dios
- Resurrección

No he citado una palabra importantísima sea para un cristiano, sea para cualquier creyente: la oración. Pero toda nuestra reflexión no tendría gran valor si no fuese

acompañada de la plegaria y por eso al final de cada reflexión, pondré algún fragmento de aquella antiquísima colección de plegarias del pueblo hebraico y cristiano, que va bajo el nombre de *Salmos*.

Podemos incluso a modo de introducción poner algunos versículos del *Salmo 118*, donde se expresa el deseo del hombre de conocer la palabra de Dios:

*Ponme por ley, Señor, el camino de tus preceptos
y los buscaré siempre.
Dame inteligencia y estudiaré tu ley,
la guardaré con todo mi corazón.
Guíame por la senda de tus mandamientos,
porque ésa quise.
Inclina mi corazón a tus decretos
y no a la avaricia.
No me quites jamás de mi boca
la palabra de verdad,
porque en tus juicios he esperado mucho.
Enséñame bondad, doctrina y ciencia,
porque en tus mandamientos he creído.
Tú eres bueno,
en tu bondad enséñame tus preceptos.
Si tu ley no hubiera sido mi meditación,
entonces de cierto hubiera perecido en mi aflicción.
¡Cuánto he andado, Señor tu ley!
Ella es mi meditación todo el día.
¡Cuán dulces son tus palabras a mi paladar,
más que la miel a mi boca!
Antorcha para mis pies es tu palabra
y luz para mis sendas.
Ampárame según tu palabra y viviré,
no sea frustrada mi esperanza.*

Hagamos nuestra esta plegaria para poder mejor comprender los temas fundamentales de la vida cristiana.

1. EVANGELIO

«El tiempo se ha cumplido y se ha acercado el reino de Dios: convertíos y creed en el evangelio» (Mc 1, 15).

La primera palabra-clave de la experiencia cristiana es el *Evangelio*. ¿Qué significa este término al cual Cristo pide que se crea?

Comúnmente entendemos el libro que contiene los cuatro evangelios o uno de los evangelios. Frecuentemente, queriendo hacer un regalo, quizá para la primera comunión, se dice: le regalaré un evangelio, le regalaré los evangelios.

Los cuatro evangelios son en realidad parte de un libro ciertamente más amplio, que es la Biblia, comprende las Escrituras del pueblo hebreo y las Escrituras sagradas cristianas.

1. Además, hablando de Evangelio como palabra fundamental de la experiencia cristiana, no intento referirme a los libros del evangelio si no en cuanto contienen *el Evangelio*. Me refiero, sin embargo, a una experiencia primaria, de importancia absolutamente particular, de la cual no podemos prescindir.

Ante todo el término Evangelio deriva de la palabra griega *euangélion*, que significa «buena noticia», «alegre anuncio». La experiencia cristiana, la religión cristiana es

ante todo la experiencia de un alegre anuncio, de una buena noticia.

Quizá, cuando pensamos en el cristianismo, imaginamos ante todo una serie de deberes, castigos, amenazas, preceptos, remordimientos. Es un error.

La experiencia cristiana es fundamentalmente la experiencia de una buena noticia, del todo inesperada, casi increíble en su capacidad de decirnos cosas nuevas y de transformarnos.

Es una experiencia de gran alegría.

2. *¿Cuál es esta noticia?* Es difícil decirlo en pocas palabras. ¡Tratándose de un anuncio de Dios a los hombres, comprendo evidentemente toda la realidad humana! Podríamos expresarla así: Dios viene al encuentro del hombre para ofrecer su amistad. Si tenemos el verdadero concepto de Dios, de la distancia que hay entre Él y los hombres, nos parece increíble que venga al encuentro de cada hombre y mujer de este mundo ofreciendo su amistad. Pues bien, éste es el significado maravilloso de «Evangelio».

Es la amistad ofrecida de Dios al hombre sin atender a los méritos del hombre, a su bondad o a su maldad. A Dios no le interesa solamente las personas valientes y honestas.

Al contrario, «Evangelio» significa exactamente lo contrario: Dios se interesa por aquellos que están lejanos, del que está más solitario, amargado, del que se siente abandonado, perdido, triste, desconfiado, privado de futuro. Dios ofrece su amistad sobre todo a aquellos que están más lejanos de él y de sí mismos, a aquellos que mayormente sufren en su vida.

La experiencia fundamental del cristiano no depende de las cosas que hacemos nosotros, esforzándonos en ser buenos, mejorar, en ir al encuentro de Dios. La experiencia fundamental es la iniciativa de Dios que nos salva.

Dice en efecto la Biblia: «Dios se ha acordado de nosotros»: en todas las situaciones dolorosas y conflictivas del

hombre se abre una palabra de esperanza, es decir Dios nos ofrece su salvación.

3. *¿Cuál es el compromiso para asumir ante el Evangelio?* Es el reconocimiento. Y nosotros queremos expresarlo con la antigua plegaria de un *Salmo*, transmitido por el pueblo hebreo y recibido por la Iglesia cristiana:

*Alabad al Señor porque es bueno,
porque su misericordia es eterna.
Alaban al Dios de los dioses,
porque su misericordia es para siempre.
En nuestro abatimiento se acordó de nosotros,
porque su misericordia es para siempre.
Al que da alimento a todo viviente,
porque su misericordia es para siempre
(Sal 135, passim).*

Son palabras con las cuales el hombre expresa su reconocimiento a Dios por el don que hace acordándose de nosotros y viniendo a nuestro encuentro en nuestro desamparo y en nuestro sufrimiento.

2. CONVERSIÓN

Hemos intentado decir, con palabras sencillas, que el Evangelio significa la iniciativa de salvación: Dios que sale a nuestro encuentro ofreciéndonos su misericordia y su poder.

Ahora debemos añadir un subrayado importante, que recibimos de las palabras con el cual se abre el evangelio según san Marcos: «Principio del Evangelio de Jesucristo».

1. El Evangelio del cual parte toda nuestra reflexión y por lo tanto una buena noticia que se refiere a Jesucristo, que está contenida en su vida, muerte y resurrección.

Es éste el punto de partida del mensaje cristiano: si el Evangelio es una buena noticia de Dios que nos sale al encuentro ofreciéndonos su misericordia y su poder, *en Cristo Jesús*.

Naturalmente podremos preguntarnos: ¿Qué quiere decir esto? Es una fórmula que nos puede parecer abstracta, repetitiva. Y sin embargo quiere decir que Dios se nos ha manifestado, se nos manifiesta todavía ahora, en la vida, en la muerte en la resurrección de Jesús.

Cómo ha vivido Jesús, el modo en el que ha muerto y su resurrección, nos revela el interés de Dios por nosotros,

nos muestra que Dios nos ama, se nos hace presente a cada uno de nosotros la salvación de Dios.

Este poder del Evangelio, que se encuentra en la fuerza de la resurrección de Jesús, alcanza a cada hombre, a cada mujer de este mundo, alcanza a todos aquellos que se aproximan, en este mismo instante, a la salvación de Dios dada a nosotros en Jesús. Y cuando nos abrimos a la salvación, ocurre en nosotros aquella experiencia de la cual habla el evangelio según san Marcos y que hemos recordado: «Convertíos y creed en el Evangelio»; la experiencia de la *conversión*.

La palabra «conversión» podrá asustarnos a algunos, podrá hacernos pensar en estos grandes cambios en la vida de los santos que producen efectos maravillosos.

En realidad es a la experiencia de que cada uno está llamado a hacer porque *conversión significa simplemente «cambio»*, significa cambio de dirección, de pensamiento. El Evangelio realiza, en quien lo escucha, un cambio, un cambio de mentalidad y de orientación.

2. *¿En donde comienza este cambio?* El punto de partida lo encontramos expresado en el evangelio según san Marcos (7, 21ss.), allí donde se encuentra el elenco de todo lo malo que está en el corazón del hombre:

«Pero lo que sale del hombre es lo que mancha. Porque del interior del corazón de los hombres salen los malos pensamientos, adulterios, fornicaciones, homicidios, hurtos, avaricias, maldades, engaño, deshonestidades, envidia, blasfemia, soberbia, locura. Todos estos males salen de dentro y hacen inmundo al hombre».

La conversión parte de una vida cerrada en sí misma, de una existencia egoísta. Ella se preocupa solamente de sí misma, y en un cierto momento, queriéndose meter en el centro de todo y sobre todos, llega hasta aplastar a los demás, aunque de palabra se proclama de buena voluntad. De aquí comienza la conversión cristiana.

3. *¿Adónde nos lleva la conversión?* Nos lleva hacia aquello que podría ser expresado con otras palabras de Jesús, que nos dejó en el evangelio según san Lucas:

«Amad a vuestros enemigos, haced bien a los que os quieren hacer mal; bendecid a los que os maldigan y orad por los que os calumnian. Al que te hiera en una mejilla, preséntale también la otra; al que te quite la capa, no le impidas llevarse también la túnica» (6, 27).

Advertimos en seguida la enorme distancia que hay entre el punto de partida y el de llegada, y quizá nos preguntemos si es posible verdaderamente hacer un camino tan largo y difícil. Sin embargo no es nuestro esfuerzo el que cuenta, no es nuestro intento heroico de cumplirlo, sino más bien es el mismo Evangelio, el mismo poder de Dios, el que cambia nuestro corazón.

Cada uno de nosotros es entonces invitado al hacerse una pregunta: ¿Que es lo que quiero cambiar de mí mismo?, ¿y qué puedo pedir a Dios que cambie en mi corazón?

Nos puede ayudar repetir, haciéndola nuestra, la plegaria del *Salmo 31*, que manifiesta la alegría de aquellos que su corazón ha sido cambiado:

*Bienaventurados aquellos cuyas iniquidades
son perdonadas,
y sus pecados encubiertos.
Bienaventurado el varón
a quien el Señor no tuvo en cuenta el pecado.
Reconocí mi pecado,
no encubrió mi injusticia;
dije: «Confesaré al Señor mi injusticia»,
y tú perdonaste la impiedad de mi pecado.
Tú eres mi refugio en la tribulación que me cercó;
alegría mía, librame de los que me cercan.
Alegraos en el Señor y regocijaos, justos;
gloriaos todos los rectos de corazón.*

3. FE

Partimos de un texto del evangelio según san Marcos, allí donde viene expresa la palabra inicial de la predicación de Jesús: «El tiempo se ha cumplido y se ha acercado el reino de Dios: convertíos y creed en el Evangelio» (1, 15).

De este versículo hemos analizado antes la palabra Evangelio y la palabra conversión («convertíos»).

1. Ahora nos paramos sobre la palabra: «Creed». *Fe* es otra palabra clave de la experiencia cristiana y la hemos oído repetir muchas veces.

Queriendo ser más precisos, podemos traducir el término griego usado de san Marcos, y teniendo presente incluso la palabra hebrea que está detrás, con la siguiente expresión: «*Apoyaos en el Evangelio, confiad en el Evangelio*». La palabra «fe», en su larga historia –en el Antiguo Testamento, en la Biblia, en la versión hebrea de la Escritura– representa la situación de quien se confía, del que se apoya sobre una roca, del que se siente seguro porque está sostenido por alguien más fuerte que él.

¡Puede parecer fácil pero en el fondo es difícilísimo fiarse plenamente de alguien! Tal vez la experiencia que tenemos de la vida, las situaciones difíciles en las que llegamos a encontrarnos, la violencia que nos circunda, hacen que cada vez más veamos disminuir la capacidad del

hombre de fiarse de otro. Estamos más seguros cuando lo hacemos nosotros que de aquello que viene de los otros.

Sin embargo, el planteamiento que nos viene propuesto como fundamental es el de fiarnos del Evangelio, de apoyarnos en la fuerza de Dios que viene a nuestro encuentro a través del Evangelio.

El fiarnos tiene todas las dimensiones que hemos ya dicho expresamente, del significado de la palabra «Evangelio»: confiarse, abandonarse, apoyarnos en la iniciativa de Dios que viene a nuestro encuentro en la persona de Jesús, viene hoy, resucitado, en la Iglesia y en la historia.

Hay pues, en el centro de este planteamiento que hemos descrito, aquello que queremos decir con la palabra «fe», y el concilio Vaticano II ha explicado más ampliamente, que con ella el hombre se confía a Dios enteramente, se da a Dios totalmente, creyendo las verdades propuestas por la Iglesia y juntamente confiándose al poder de Dios.

2. *La fe es importantísima para la vida cristiana.* No debemos considerarla como un instrumento para obtener alguna cosa. A veces se dice: ¡Tal persona tiene mucha fe, tiene más que nosotros! O también: ¡Bienaventurados vosotros que tenéis fe! En realidad, la fe no es una capacidad personal, no la construye el hombre: más bien es *el planteamiento simplicísimo de quien se abandona con confianza a la palabra de Dios*, es el embebecerse en la potencia de la palabra de Dios que actúa en nosotros.

No se nos pide cumplir acciones heroicas, hacer cosas grandes. En la palabra anterior hemos dicho que la conversación equivale a cambiar de una situación en la cual nos hemos centrado sobre el propio egoísmo a una situación en que se nos abre hacia la vida fraterna, al servicio de los demás. Es que todo esto no tiene su origen en el esfuerzo nuestro, sino en la acogida de la salvación ofrecida por Dios, por lo tanto en darle confianza a Dios, en abrirle voluntariamente el corazón y el espíritu.

3. *¿Qué es lo que debemos hacer para tener esta fe que tanto quisiéramos?* Debemos sobre todo y principalmente ponernos ante la palabra de Dios. Es escuchar la palabra evangélica que, con su potencia, abre nuestro corazón a la fe; es la palabra de Dios que produce, al que escucha, la fe. Escuchar el Evangelio, oír el mensaje que nos viene de la vida, de la muerte y de la resurrección de Jesús, abre el corazón a la actitud maravillosa de confiarse a Dios, y nos hace capaces, gradualmente, de fiarnos más del prójimo y de crear en torno a sí mismo una atmósfera de confianza recíproca que es verdaderamente importante para superar tantas dificultades de la vida.

Y concluimos la reflexión con una bellísima plegaria que expresa la paz y serenidad de quienes, escuchando la palabra de Dios, han penetrado en la experiencia de la fe. Es uno de los *Salmos* más bellos de todo el salterio y dice:

*El Señor me gobierna y nada me faltará.
En un lugar de pastos me ha colocado.
Me ha conducido junto a un agua de reposo,
convirtió mi alma.
Me llevó por senderos de justicia,
por amor de su nombre.
Aunque ande en medio de sombras de muerte,
no temeré males, pues tú estás conmigo.
Tu vara y tu cayado me consolaron.
Preparaste una mesa ante mí,
contra aquellos que me atribulaba.
Ungiste con perfume mi cabeza,
y mi cáliz que embriaga ¡qué precioso es!
Tu misericordia me acompañará
todos los días de mi vida,
a fin de que yo habite en la casa del Señor
por largos días (Sal 22).*

4. BAUTISMO

Las palabras claves de la experiencia cristiana, sobre las cuales estamos reflexionando, constituyen un cierto itinerario. Se pasa de unas a otras como experiencias sucesivas: hemos puesto por ejemplo, como primera palabra, «Evangelio» que es el anuncio de la salvación de Dios en Cristo Jesús. En el que acepta este Evangelio, adviene un cambio de horizontes que hemos llamado «conversión», un modo nuevo de ver la realidad, las situaciones, las personas. Este modo nuevo está caracterizado por un planteamiento fundamental: la «fe», el creer.

Evangelio, conversión, fe son así tres palabras portadoras de la experiencia cristiana.

Éstas todavía tienden a un momento preciso, dado en el tiempo y colocado en el espacio: *la experiencia del Bautismo*.

1. Oyendo hablar del Bautismo, pensamos instintivamente en una experiencia para niños, al presente lejana. Para muchos cristianos el Bautismo, concretamente, es un hecho acaecido en la primera infancia.

Nos equivocaremos gravemente si pensamos en ello como una cosa infantil o una especie de mínimo común

denominador de la experiencia cristiana, realizado una vez para siempre y sobre la que no se piensa más.

El bautismo es, *en realidad, la experiencia fundamental del cristiano.*

El acto con el cual él es públicamente acogido en la Iglesia sometiéndose al poder de la palabra del Evangelio que lo transforma y lo salva.

Todo aquello que después viene en nuestra vida de cristianos, tiene su raíz en el Bautismo, se inserta en este episodio fontal de nuestra vida, es una explicación de los dones que en aquel momento hemos recibido y de la posibilidad que ello nos ha abierto a nosotros.

Como todos sabemos, el Bautismo es un gesto simplicísimo, que se cumple en un instante a través de la inmersión, o aspersión con el agua, y las palabras: «Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo». Con todo representa el momento en el cual cada uno de nosotros ha puesto la propia vida a disposición del Evangelio, dejándose modelar y salvar de esta potente palabra de Dios.

2. *¿Qué efectos opera el Bautismo?* En el evangelio según san Marcos hay un episodio que, aunque no tratando directamente del Bautismo, era utilizado con toda probabilidad en la Iglesia primitiva para explicar a los catecúmenos el hecho de la transformación bautismal. El episodio lo encontramos en el capítulo 10. Jesús estaba acercándose a Jericó, un ciego estaba sentado en el camino mendigando oyendo que llegaba Jesús, grita: «Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí».

El evangelista cuenta que muchos gritan al ciego para hacerle callar: «pero él gritaba mucho más: “Hijo de David, ten misericordia de mí”».

Entonces Jesús se para, hace llamar al ciego y éste, oyéndose decir: «Ten buen ánimo, levántate que te llama», arroja su capa, salta y corre hacia Jesús. Jesús le dice: «¿Qué quieres que haga por ti?»

Y el ciego a él: «Maestro mío, que vea». En este punto Jesús le dice: «Anda, tu fe te ha salvado».

El ciego recupera la vista y sigue a Cristo en el largo camino hacia Jerusalén.

Veamos el momento del episodio que permite entender los efectos del bautismo cristiano. En el ciego ha ocurrido un cambio fundamental: *desde la ceguera a la capacidad para ver.* Es un cambio que le ha abierto una nueva posibilidad de vida, aquella apertura de horizontes que hemos llamado «conversión».

Este cambio no ha acaecido gracias a su esfuerzo, a su voluntad de mejorarse, sino como consecuencia de su repetida y valiente llamada: «Jesús, Hijo de David, ten misericordia de mí».

Ha reconocido en el Señor al Mesías que lleva en sí la fuerza de Dios que lo puede salvar; ha reconocido este poder ante todos, públicamente; ha tomado posiciones superando las desconfianzas y hostilidades de los que estaban a su alrededor.

El poder de Dios ha producido en él esta *iluminación* (y es así como la Iglesia antigua llamaba al Bautismo).

3. Mediante la gracia bautismal a todos nosotros quizá latente hasta ahora, es *un poder que tenemos dentro y que todavía no hemos desarrollado.* Y cada uno puede estar capacitado para tomar conciencia de la profundidad de la transformación bautismal, para revivir el fruto del Bautismo. Es por tanto importante que cada uno de nosotros, en vez de considerar la experiencia bautismal como pasada y enterrada, sepa que vive en él, hoy, en este momento, y está en la raíz de nuestras elecciones y de nuestro modo de vivir.

Depende de nosotros si aceptamos hacer revivir la gracia bautismal y nos dejamos renovar por el poder del Señor que está siempre a nuestra disposición, siempre pronto a ayudarnos.

La transformación de la sociedad, tan necesaria y urgente, nace para nosotros los cristianos de la transformación bautismal.

Quiero terminar con una plegaria que expresa el reconocimiento del que ha experimentado en sí mismo la potencia transformadora de Dios:

*Te alabaré, Señor, de todo corazón,
porque has oído las palabras de mi boca.
A la vista de los ángeles te cantaré salmos.
Te adoraré en tu santo Templo
y alabaré tu nombre,
por tu misericordia y fidelidad.
En el día en que te invoque, óyeme,
aumentarás en mi alma la fortaleza.
Canten en los caminos del Señor,
que la gloria del Señor es grande.
Porque el Señor es excelso,
y mira las cosas humildes,
y conoce de lejos las cosas altas.
El Señor dará el pago por mí
Señor, tu misericordia por los siglos;
no desdeñes las obras de tus manos
(Sal 137, passim).*

5. RECONCILIACIÓN Y PERDÓN

La palabra del Evangelio, acogida por nosotros con la fe, nos lleva a la conversión que se expresa plenamente en el Bautismo.

Éste es el itinerario cristiano considerado hasta ahora.

El Bautismo nos introduce en la comunidad de los bautizados, en la Iglesia. El cristianismo, en efecto, no es un aislado buscador de Dios: somos miembros de una comunidad, y esta pertenencia nos impone unos deberes y nos da unos derechos.

La Iglesia por lo tanto no es un conglomerado general de buenas voluntades: es una comunidad estructurada, en la cual hay una autoridad establecida del mismo Jesús, y en donde hay funciones y servicios.

Tratándose de una realidad compleja la cual viene inevitablemente a ser experimentada incluso en el aspecto conflictivo de la existencia humana, es importante que la experiencia de la comunidad renueve continuamente la disponibilidad a la reconciliación y al perdón.

1. *¿Qué significa en la experiencia cristiana el perdón?* Podemos partir desde el evangelio según san Marcos en donde se encuentra: «Cuando os pongáis de pie para orar, si tenéis alguna cosa contra alguno, perdonaos para que su Padre que está en los cielos os perdone también vuestros pecados» (11, 25).

Oyendo estas palabras somos en seguida rápidamente llamados a la plegaria del «Padre nuestro», enseñado por Jesús, en las cuales pedimos que sean perdonados nuestros pecados como nosotros perdonamos a aquellos que nos han ofendido: «Perdónanos nuestras deudas como nosotros perdonamos a nuestros deudores». La relación estrictísima, que viene sea en el texto de san Marcos sea en el «Padre nuestro», entre reconciliación entre los hombres y reconciliación con Dios, muestra cuan fundamental es este aspecto de la vida cristiana que hemos llamado «reconciliación y perdón».

Quizás pensemos poco porque estamos demasiados habituados a los aspectos conflictivos de la existencia, de la cual sale la detestable violencia que nos rodea. Retengamos fácilmente que la conflictividad se venza con la misma fuerza y con los mismos medios con que ella opera.

En realidad, en la comunidad cristiana el medio principal para sanar el conflicto no es la represión sino la reconciliación y el perdón.

2. Antes, hemos hablado del Bautismo, nos parecía que podía abrirnos a muchos de nosotros una esperanza al presente lejana, casi infantil. Ahora tenemos un modo concreto para verificar de cualquier manera la realidad bautismal y viva en nosotros. Basta preguntarse: *¿cuál es nuestra disponibilidad para perdonar*, para comprender, para hacer gestos de reconciliación?

Esta posibilidad se nos abre por todas partes, porque en torno a nosotros suceden continuamente hechos que tienden a romper el tejido comunitario. Si a estos hechos oponemos únicamente la exigencia de que las cosas van a nuestro modo, que los otros se doblegan a los métodos que nosotros hemos establecido, quiere decir que no estamos todavía en el espíritu bautismal.

La fuerza del Bautismo en nosotros es fuerza que produce capacidad de reconciliación. Una capacidad que no viene de la fuerza, como hemos insistido desde el comien-

zo; nuestra capacidad de reconciliar tiene una raíz más profunda y es *el perdón de Dios mismo ofrecido por nosotros*. La experiencia del Bautismo es en efecto la experiencia de la misericordia de Dios que la palabra del Evangelio nos ha anunciado y que viene acogida por nosotros. El hombre bautizado se siente perdonado, reconciliado con Dios por lo tanto consigo mismo y con las tensiones que lo dividen. A partir de esta reconciliación llega a ser entonces más fácil ofrecer a los demás la misma experiencia de perdón de la cual nosotros, en primer lugar, hemos sido favorecidos.

3. La experiencia del perdón de Dios nos es continuamente ofrecida en la Iglesia, por la potencia de la muerte y resurrección del Señor, es un *sacramento: el sacramento de la Reconciliación*, llamado también «de la confesión».

Sabiendo este último nombre, viene en seguida a la mente la confesión de la cual hemos tenido experiencia, y quizá viene a la mente una elencación minuciosa de los pecados, que tal vez ha creado en nosotros un sentido de molestia, o directamente de separación o de rechazo de esta práctica sacramental.

En realidad, el decir los pecados en el sacramento de la Reconciliación no tiene un fin en sí mismo sino es para subrayar el perdón de Dios, a la fuerza reconciliadora que se realiza en el sacramento de la Iglesia.

Se trata por lo tanto de una experiencia maravillosa y transformadora, capaz de hacer revivir en nosotros cada día la alegría de la experiencia bautismal.

A partir de esta experiencia de perdón de Dios hecha en el sacramento de la Reconciliación, nosotros podemos a la vez llegar a ser portadores de paz, capaces de hacer surgir en nuestro entorno la reconciliación y de ofrecer perdón. ¡No hay cosa más importante y que necesite la sociedad de nuestro tiempo que la paz, que los portadores de paz!

Notamos, pues, que el perdón que estamos hablando no es una simple condonación, casi un cerrar los ojos so-

bre aquello que ha pasado, una cierta condescendencia fácil con el mal: todo lo contrario. El perdón es reconocimiento de la profundidad del mal y transformación del mismo a través de una acción creativa positiva. Es aquello que Dios cumple en nosotros cuando perdona, y es eso que nosotros, transformados por el perdón de Dios, nos esforzamos de hacer con los demás en la vida cotidiana, llegando a ser así los operadores de la reconciliación y de la paz en torno a nosotros.

Podemos terminar con una plegaria que señala el amor de Dios y la alegría de nuestro corazón de sentirnos renovados:

*Ten piedad de mí, oh Dios,
según tu gran misericordia;
según las muchas muestras de tu clemencia
borra mi maldad.
Lávame más y más de mi iniquidad
y límpiame de mi pecado.
Porque yo reconozco mi maldad,
mi pecado está siempre delante de mí.
Y bien veo que tú has amado la verdad,
me has revelado lo secreto
y lo escondido de tu saber.
Rociame con el hisopo y quedaré limpio,
me lavarás y quedaré más blanco que la nieve.
A mi oído darás gozo y alegría;
regocijarás mis huesos quebrantados.
Aparta tu rostro de mis pecados
y borra todas mis maldades.
Crea en mí, oh Dios, un corazón puro,
renueva en mis entrañas un espíritu recto.
Devuélveme la alegría de tu salvación,
confórtame con un espíritu generoso.
Enseñaré a los inicuos tus caminos,
los impíos se convertirán a ti (Sal 50, passim).*

6. CURACIÓN

Quien está siguiendo desde el comienzo este pequeño pero fundamental vocabulario, habrá notado ciertamente que las palabras claves de la experiencia cristiana, de las que hemos tratado hasta ahora, son todas «positivas», podríamos decir palabras de liberación.

No hemos considerado palabras «negativas», que sin embargo son parte del vocabulario de hoy en día, como por ejemplo, «tristeza», «angustia», «desesperación», «crisis».

Aunque cuanto respecta a realidades negativas, las palabras claves vienen asumidas y transformadas de la «buena noticia», del Evangelio. Jesús es el Redentor del hombre; es aquel que viene a salvar aquello que está en el hombre.

Positiva ha sido la palabra «Evangelio», que nos dice: ¡Ánimo, hay un camino de salida!; la palabra «conversión», que cambia a mejor nuestra existencia humana; la palabra «fe», que significa fiarse, tener confianza y creer en ella; positiva el «bautismo» porque es inmersión en la potente misericordia de Dios; positiva la «reconciliación» que destruye la enemistad.

Ahora queremos reflexionar sobre la palabra *curación*, y pienso que alguno se asombrará porque nos parece hacer parte del vocabulario común cristiano.

En efecto, el término curación es la palabra que indica el curarse, se encuentra frecuentemente en los evangelios.

En el evangelio según san Marcos –que estamos fundamentalmente siguiendo– leemos que Jesús «curó» muchos enfermos, afectados de diversos males (1, 34); que «había curado mucha gente» (3, 10). E incluso allí donde se nota que Jesús no pudo hacer ningún milagro en Nazaret por la falta de fe de la gente, añade: «Allí no podía hacer milagro alguno; solamente sanó unos pocos enfermos» (6, 5). Al final del evangelio de san Marcos se dice que los mismos discípulos de Jesús «pondrán las manos sobre los enfermos y sanarán» (16, 18).

Una palabra unida con curación es «salud», es decir, *estar bien*. En el evangelio según san Marcos, Jesús dice a la mujer que tenía pérdidas de sangre hacía tantos años: «Hija, tu fe te ha curado; ve en paz y queda libre de tu enfermedad» (5, 34).

Podemos notar dos peculiaridades:

Primera: Jesús no cura como médico. Sus curaciones se dicen «milagros», es decir, actos del poder misericordioso de Dios.

Segunda: Jesús cura en relación a la fe (alaba la fe que tenía la mujer que padecía pérdidas de sangre), en relación a la fe que encuentra y que quiere suscitar, concretamente a ese planteamiento positivo que se refiere a la salvación integral del hombre.

Podemos preguntarnos: *¿De qué cura Jesús?*

En un pasaje del evangelio según san Marcos, se habla del parálítico que no podía ser llevado hasta Jesús a causa del gentío que le rodeaba. Entonces descubre el techo y lo hacen descender a la habitación en la que se encontraba. Cuenta el evangelista que en este momento, Jesús «viendo la fe de ellos, dijo al parálítico: “Hijo tus pecados te son perdonados”». La gente comienza a discutir, a murmurar, preguntándose cómo Jesús puede perdonar los pecados, acción que solamente compete a Dios. «Jesús, conociendo luego su

interior y que pensaban de ese modo dentro de sí, les dice: “¿Por qué pensáis esto dentro de vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al parálítico: Tus pecados te son perdonados o decirle levántate, toma tu camilla, y anda? Pues para que sepáis que el hijo del hombre tiene poder en la tierra para perdonar pecado, –dice al parálítico– a ti te lo digo: levántate, toma tu camilla y vete a tu casa”. Al punto él se levantó y, tomando su camilla, se fue a la vista de todos» (2, 8-12).

¿Qué hizo Jesús? Jesús curó yendo a la profundidad del mal del hombre. Ofrece una curación que llega hasta el fondo, que parte de la raíz de la deshumanización y de todo lo que es capaz de desfigurar el rostro del hombre. La curación externa obrada por Jesús es por lo tanto un *signo* de la otra curación fundamental interior que él nos ha traído.

Pero esta forma de hablar parecerá todavía un poco abstracta, dejándonos el interrogante: ¿De qué nos cura Jesús?

Para hacerlo más concreto, creo que es necesario que cada uno de nosotros se pregunte: ¿De qué curación o de qué curaciones tenemos necesidad nosotros en lo más profundo de nuestro ser? Subrayo el plural: *tenemos*, porque es una necesidad que nos toca incluso como sociedad. Y son tantas las plagas que urgen curación: violencia, desesperación, abatimiento, fuga de la responsabilidad, desconsuelo, soledad.

De todos estos males tenemos necesidad de ser curados en profundidad.

Jesús nos ofrece la curación ofreciéndose a sí mismo como amigo, presencia, apoyo, Hijo de Dios resucitado que en todo momento ofrece al hombre el poder de Dios como poder de salvación.

Las cura que nos ofrece Jesús es el efecto que el Señor resucitado produce encontrándose con cada uno de nosotros en el Bautismo y en la Reconciliación cristiana.

Demos gracias al Señor, como el Profeta, por habernos librado del peligro, por haber escuchado nuestra plegaria, por tener la misericordia del Señor sin mérito nuestro:

*Amé, porque el Señor oye la voz de mi oración.
Porque ha inclinado el oído hacia mí.
Me han cercado dolores de muerte,
peligros de infierno me han hallado;
tribulación y dolor hallé,
y el nombre del Señor invoqué,
Oh Señor, libra mi alma.
Misericordioso y justo es el Señor,
nuestro Dios se apiada.
El Señor es el que guarda a los pequeños,
fue humillado y me libró.
Vuelve, alma mía, a tu reposo,
porque te ha hecho bien el Señor.
Porque ha librado mi alma de la muerte,
mis ojos de las lágrimas, mis pies de resbalar.
Agradaré al Señor en la tierra de los vivos
(Sal 114-115 passim).*

7. CRUZ

Escogemos para nuestra reflexión una palabra que, a primera vista, puede suscitar una cierta reacción de incomodidad y de repulsa: la *cruz*.

Cuando se habla de mensaje cristiano no hay palabra que sea tan frecuentemente repetida; el signo de la cruz, en efecto, es uno de los primeros gestos que se enseña a los niños.

Probablemente el término «cruz» nos pone instintivamente a la defensiva y no es raro oír decir: ¡el mensaje cristiano sería bellissimo si no existiera la cruz!

Veamos en realidad qué significa, partiendo siempre de algunos trozos del evangelio según san Marcos. Los distintos ejemplos donde aparece el término «cruz» o el verbo «crucificar», se pueden dividir en tres secciones.

1. Hay textos donde se describe cómo Jesús fue crucificado: en el cap. 15, por ejemplo, la gente «gritaban de nuevo ¡Crucifícale!... y gritaron más fuerte ¡Crucifícale! Y Pilato... después de haber hecho azotar a Jesús, lo entregó para que lo crucificasen» (13-15). Y también: «(Los soldados) le sacaron fuera para crucificarlo» (20); «Pasaba un hombre llamado Simón, cirineo, ... y le hicieron cargar con la cruz de Jesús» (21). Después de la muerte de Jesús, «los

que pasaban se burlaban de él moviendo sus cabezas y diciendo: “Sálvate a ti mismo y desciende de la cruz... desciende ahora de la cruz para que lo veamos y creamos” (29-32). Estamos delante de la completa descripción de la pasión de Jesús, de la tortura por la cual muere.

2. Un segundo uso de la palabra «cruz» lo encontramos en el cap. 8 de san Marcos, y se refiere más directamente a nosotros. Jesús dice: «Si alguno quiere seguirme, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (34). Es uno de los pasajes que más nos asustan cuando queremos tomar en serio el mensaje cristiano: cargar con la cruz.

3. Finalmente encontramos un último texto, al término del evangelio según san Marcos, allí donde se narra la proclamación de la resurrección de Jesús del ángel que dice: «No os asustéis. Vosotros buscáis a Jesús el Nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado» (16, 6). Es un grito de victoria.

Hemos distinguido tres casos en los cuales se usa el término «cruz» o «crucifixión» en el evangelio de san Marcos. Una serie de textos donde se habla de aquello que Jesús ha sufrido; un texto en el cual somos invitados a seguir el camino de la cruz detrás de Cristo; y otro en el que afirma el triunfo de la cruz.

Se tratan de tres elementos que se integran, cada uno a su modo, en la experiencia cristiana. Y según lo que prevalece de estos modos de ver la cruz, nosotros concebimos diversamente el cristianismo.

Modos diversos que tal vez no son todos igualmente auténticos, sobre todo cuando en alguno de ellos se prescinde de los otros.

Veamos qué es lo que quiero decir.

— Sobre todo *existe la cruz que es la nuestra*, en correspondencia al texto de Mc 8, 34: «*Si alguno quiere se-*

guirme, tome su cruz y sígame». Si se mira *sólo* este aspecto del cristianismo se tiene aquella forma de religiosidad que —quizá en una manera irónica— se podría llamar el cristianismo «de los suspiros»; la experiencia cristiana aparece como un gran peso que llevar, un gravamen moral y ascético, una suma de deberes que nos pesan muchos y que debemos llevar con paciencia, con resignación tal vez pasiva y lamentablemente. Evidentemente, si nosotros damos a la palabra cruz solamente este significado, quedamos asustados.

— Hay otro elemento muy importante, aquél del cristianismo «liberador»; es que la proclamación de la muerte de Jesús en la cruz ha sido vencida por la vida. Y *éste el Evangelio fundamental de la cruz, el Evangelio que hace pasar de la desesperación a la esperanza, de la soledad a la amistad, de la tristeza a la alegría, de la debilidad a la potencia del Espíritu de Dios en nosotros*.

Éste es el verdadero significado de la cruz: es la fuerza de Dios que se manifiesta en Jesús crucificado y resucitado.

Hallamos aquí un nuevo rostro de la cruz: ella manifiesta el cristianismo del «don». ¿Por qué esta esperanza de la cruz, esta potencia de la cruz?

Porque Jesús, en la cruz, nos ha amado en primer lugar hasta la muerte y en él es Dios quien nos ha amado, se ha acordado de nosotros, se nos ha revelado como don.

Por eso toda la existencia humana nos aparece como un don de Dios, que se compromete a vivir nuestra existencia dándonosla.

De un cristianismo de suspiros y lamentaciones, se pasa a un cristianismo liberador, y después a un cristianismo de fuerza, de vida, de resurrección, de don.

Es éste el verdadero modo para entender la cruz del mensaje cristiano, y así como lo presentan los himnos del Nuevo Testamento, como por ejemplo el Apocalipsis:

*Digno eres, Señor,
de tomar el libro y abrir sus sellos,
porque fuiste muerto
y nos has redimido para Dios con tu sangre,
de toda tribu, lengua, pueblo y nación.
Nos has hecho para nuestro Dios
reino y sacerdotes;
y reinaremos sobre la tierra
(Ap 5, 9-10).*

8. DIOS

Intentaremos decir alguna cosa sobre la palabra *DIOS*. Es verdaderamente difícil porque Dios donde se comprende es en la adoración, en la conversión, en la donación de sí mismo que él nos hace, antes que en la explicación verbal. Más bien, de todo lo que ya hemos dicho, debería resultar claro que no somos nosotros los que comprendemos a Dios, sino es Dios que, con la palabra del Evangelio, se hace comprender por nosotros y es Él quien nos sale al encuentro y en consecuencia nos habla a nosotros en primer lugar.

Por otra parte, como cristianos, podemos hablar de Dios solamente en respuesta a sus palabras. Por esto quisiera pensar con vosotros a partir del evangelio según san Marcos, donde nos propone una iniciación al misterio de Dios particularmente adaptada para los catecúmenos, esto es para aquellos que en la Iglesia se preparaban al Bautismo. En las alusiones que vienen en este evangelio al misterio de Dios, escogemos los aspectos específicos del misterio de la divinidad que son útiles proponer al catecúmeno, a fin de que pase de su religiosidad pagana y desviada a una recta concepción de que Dios se revela en el Evangelio y en la persona de Jesucristo.

Partimos de algunos textos fundamentales. En el capítulo 1, versículo 2, se presenta una palabra divina: «He

aquí que yo envío a mi ángel delante de ti»; y en el versículo siguiente dice: «Preparad el camino del Señor». Dios es presentado como aquel que está para tomar, en relación con el hombre, de cada hombre de toda la humanidad, una iniciativa misteriosa. Dios es aquel que nos viene al encuentro.

No debemos definir abstractamente a Dios, antes al contrario, aceptarlo como el que está para tomar posesión de nuestra vida, que nos viene al encuentro con una misteriosa iniciativa de salvación.

Esta indicación encuentra una posterior profundización: «Vino Jesús a Galilea predicando el Evangelio del reino de Dios y diciendo: “el tiempo se ha cumplido y se ha acercado el reino de Dios: convertíos y creed en el Evangelio”» (Mc 1, 14-15). Luego, el Dios proclamado de Jesucristo es el Dios del Evangelio. Es el que nos lleva la buena noticia, aquel que entra en nuestra vida como un mensaje transformador, lleno de alegría, que viene a reordenar las cosas de la vida y las cosas del mundo. No es un Dios que nosotros buscamos, sino que nos busca a nosotros, y del cual debemos dejarnos agarrar. De esta forma la mentalidad pagana realiza un vuelco. En ella Dios estaba, en cierta manera, a disposición del hombre. Se le podía hacer propicio, pidiendo y obteniendo de él lo que se quería. Era un Dios que se intentaba manipular frecuentemente. Y démonos cuenta que esta mentalidad pagana no ha desaparecido de nosotros en efecto, sino está siempre latente en el fondo de nosotros mismos, y se manifiesta a veces clamorosamente con peticiones y esperas que se dicen religiosas y que todavía no son cristianas.

El hombre que acoge la revelación bíblica, sabe que está ante Dios en una situación de espera, de escucha, de reverencia y de respeto. Es Dios quien instaura el Reino: nosotros debemos en primer lugar dejar espacio a su iniciativa.

Este comportamiento parecería pasivo, mientras, en realidad, es la riqueza más grande del hombre. Sólo así,

en efecto, es posible acoger la revelación también por nosotros mismos, desde nuestra debilidad, desde nuestra posibilidad. Dios nos viene al encuentro porque nos ama, porque nos quiere enriquecer con su plenitud. Es importante hacerle espacio. Si renunciamos por un momento a nuestras pretensiones, seremos enriquecidos doblemente por su poder.

No obstante la obra maestra que Dios quiere hacer de nosotros no es necesariamente según el diseño que tenemos en nuestra mente. Vemos esto en las dos últimas dramáticas exclamaciones del evangelio según san Marcos, que son palabras de Jesús dirigidas al Padre, y que manifiestan la profundidad del misterio de Dios en el Evangelio. Jesús dice ante la eminencia de su pasión: «¡Abbá, Padre! Todas las cosas te son posibles; pero no se haga lo que yo quiero sino lo que tú quieres» (14, 36). Y todavía, en la cruz: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (15, 34).

¿Qué revelación de Dios está detrás de estas palabras? Es el Dios para el que todo es posible, el Dios que puede alejar el cáliz del sufrimiento, pero que en realidad, en el caso de Jesús, no lo hará. Es, a saber, el Dios al cual necesitamos referirnos totalmente, en el cual estamos llamados a consignar nuestra vida, porque él, como Padre, nos guía por caminos misteriosos, como ha guiado a su Hijo Jesucristo.

Este Dios para el cual todo es posible, que quiere nuestro bien y no está obligado a hacer aquello que esperamos de Él. Puede parecer que exteriormente nos abandona como ha abandonado a Jesús en la Cruz. Pero incluso en este abandono, la palabra «Dios mío, Dios mío», es palabra de esperanza. Dios ha tenido cuidado de su Hijo, igualmente en el aparente abandono de la muerte. Éste nos da la certeza que Dios se preocupa de nosotros sus hijos, en cualquier cosa que suceda, en cualquier situación que nos encontremos.

El Dios del Evangelio, que toma la iniciativa de nuestra salvación, no nos asegura el llevarnos de éxito en éxito, de triunfo en triunfo. Nos pide que nos pongamos en sus manos así como Jesucristo le ha entregado su vida.

En tal abandono, lleno de esperanza, está la salvación, nuestra liberación del miedo y de la angustia, la capacidad de superar el egoísmo que nos atenaza y de obrar el bien en torno a nosotros.

Leemos, como conclusión de lo dicho, la palabra del Salmo del abandono y de la esperanza: es el Salmo 21. En su primer versículo ha sido recitado por Jesús en lo alto de la Cruz:

*Dios, Dios mío, mírame;
¿Por qué me has desamparado?
Las voces de mis delitos alejan de mí la salvación.
Dios mío, clamaré durante el día y no me oirás;
durante la noche y no hay silencio para mí.
Pero tú habitas en el lugar santo,
oh gloria de Israel;
en ti esperaron nuestros padres;
esperaron y los libraste.
A ti clamaron y quedaron salvos;
en ti esperaron y no quedaron confundidos.
Pero yo soy un gusano y no un hombre,
oprobio de los hombres y desecho de la plebe.
Todos los que me veían me escarnecieron
hablaron con los labios y menearon la cabeza:
«Esperó en el Señor, que le libre,
que te salve él, puesto que le ama».
Porque tú eres el que me sacaste del vientre,
mi esperanza desde los pechos de mi madre.
Yo me eché en tus brazos desde su seno,
desde el vientre de mi madre tú eres mi Dios.
No te alejes de mí, porque la angustia está cerca,
pues no hay quien me ayude.*

*Los que teméis al Señor, alabadle;
todo el linaje de Jacob glorificadlo.
Que lo tema todo el linaje de Israel,
pues no despreció, ni desdeñó el ruego del pobre,
ni retiró de mí su rostro.
De ti viene mi alabanza en la gran asamblea,
yo cumpliré mis votos en presencia
de los que le temen.
Comerán los pobres y se saciarán,
alabarán al Señor los que le buscan,
vivirán sus corazones por los siglos de los siglos.*

9. HIJO DEL HOMBRE

Reflexionemos sobre esta palabra que no se encuentra corrientemente en el vocabulario cristiano actual, y que sin embargo aparece con bastante frecuencia en los evangelios.

Se trata del término «Hijo del hombre». Con esta expresión queremos referirnos a Jesucristo, no solamente para indicar que él, Hijo de Dios, ha llegado a ser plenamente partícipe de nuestra naturaleza humana, sino también acentuar más misteriosamente la misión de Jesús, aquello que su vida y su muerte significa para cada uno de los hombres, para cada uno de nosotros.

Para profundizar en el tema, queremos partir del cap. 8 del evangelio según san Marcos, donde se dice:

«(Jesús) comenzó a declarar que convenía que el hijo del hombre padeciese mucho y que fuese desechado por los ancianos, príncipes de los sacerdotes y escribas, que fuese entregado a la muerte y resucitar al tercer día. Claramente decía esta palabra. Entonces Pedro, tomándole aparte, comenzó a reñirle. Pero él, volviéndose y mirando a sus discípulos, amenazó a Pedro diciendo: “Apártate de mí, Satanás, porque tus pensamientos no son de Dios, sino de los hombres”» (31-33).

¿Qué quiere decir *pensar como los hombres y no pensar como Dios*? ¿Por qué nos es difícil aceptar el misterio del «Hijo del hombre», así como nos es propuesto en esta parábola de Jesús?

El evangelista san Marcos nos hace notar que Jesús comenzó desde este momento de su vida, después de un período ya bastante largo de actividad, a enseñar algo nuevo. Él pronuncia una palabra que no había dicho todavía, con la cual nos permite sondear su misterio; habla del «Hijo del hombre», sirviéndose de una designación misteriosa del Mesías, ya en uso en los escritos religiosos de su tiempo. La novedad de Jesús en el uso de este término está en el hecho que no habla del Hijo del hombre como se solía hacer, sino en un contexto de humillación y de rechazo. El Hijo del hombre «debe sufrir mucho y debe ser rechazado».

Debe ser rechazado por las gentes de cultura, por las categorías sociales que entonces existían, por aquellos que ostentaban el poder. Son palabras extremadamente duras, demasiado para los discípulos, como parecen demasiado duras para cada uno de nosotros cuando nos ponemos en serio delante de ello.

¿Por qué, el hombre justo, debe ser sometido a este destino?

¿Esto no quiere decir quizá que la justicia no es capaz de afirmarse? ¿Está por lo tanto el justo destinado a ser vencido?

La profecía de Jesús sobre la suerte que le espera suscita entre los discípulos que lo escuchan un sentido de espanto, de turbación, que se expresa en la intervención de Pedro. Tal intervención corresponde a la reacción del hombre común, de cada uno de nosotros: ¡esto no debe ser, no va, no tiene sentido, no podemos aceptar una cosa semejante!

Todavía esta reacción manifiesta simplemente nuestra incapacidad para entender el misterio de Dios como se manifiesta en la persona de Jesucristo. Hasta que la revelación de Dios en Jesús había sido una revelación, en cierto

sentido, del suceso que se manifiesta en la curación de los enfermos, todos estaban de acuerdo. Cuando, sin embargo, Jesús se manifiesta como el hombre justo que debe afrontar la muerte, el temor nos invade. ¿Por qué? Los discípulos entienden que si esto le sucediese a su Maestro, su futuro no podrá ser tranquilo. Comprometerse por la justicia no es fácil, no garantiza un éxito inmediato, especialmente cuando el empeño por la justicia es hecho con las armas de Jesús, esto es con el amor, la reconciliación, el perdón, la confianza en la persuasión, la disponibilidad.

Pero Jesús no acepta ser corregido sobre este punto.

No acepta que se tenga del Hijo del hombre una imagen gloriosa o fácil, de un camino sin obstáculos. Si Dios se hace disponible al hombre en un amor hasta el fondo, este «hasta el fondo» debe ser saboreado en toda sus consecuencias.

Las consecuencias pueden ser precisamente aquellas de ser rechazado, de no ser acogido, de llegar a ser repudiado y muerto.

Es propio de esta disponibilidad hasta este punto que Jesús manifiesta en su realidad humana la disponibilidad de Dios por el hombre, la elección incondicionada que Dios ha hecho de amar al hombre hasta el fondo.

Por eso la palabra «Hijo del hombre» nos es muy querida.

Con ella, en efecto, se afirma que cada hombre está destinado a ser impregnado por el soplo de vida que proviene de Cristo. Por eso la Iglesia se debe dirigir al hombre, hacia sus problemas, hacia sus esperanzas y sufrimientos, conquistas y caídas.

La unión de Cristo con el hombre está esperando un misterio, del cual nace el hombre nuevo, llamado a participar de la vida de Dios, creado nuevamente en Cristo en la plenitud de la gracia y de la verdad. La unión de Cristo con el hombre es la fuerza y la fuente de la fuerza. Es la fuerza que transforma interiormente al hombre, cual principio de una vida nueva que no desaparece y no pasa, pero dura hasta la vida eterna.

Jesús, aceptando el misterio de su muerte, caminando hasta el final por nosotros, se nos manifiesta en el amor de Dios que es vida. La muerte no es la última palabra; la última palabra es la resurrección y la vida. Los discípulos que no pueden entender la muerte de Jesús, no pueden comprender la fuerza de su vida.

Y cada uno de nosotros, cuando se defiende de la imagen de la humildad, de Dios en Jesús, cuando no la acepta concretamente en la propia vida, se está defendiendo del ofrecimiento de vida que Dios está haciendo.

Y por lo tanto es necesario abrir los ojos y acogerle, en la meditación de Cristo que va a la muerte, la manifestación del amor y de la vida que nos vienen dados por la fortaleza de Dios.

Esta buena noticia, este Evangelio, pide ser acogido no solamente con la mente, sino también con la alabanza y la plegaria.

Y cuando terminamos leemos algunas frases del Salmo 15, en el cual se expresa la confianza en que el Señor es Aquel que nos indica el sendero de la vida:

*Guárdame, Señor, porque en ti he esperado.
Yo dije al Señor: «Mi Dios eres tú,
por cuanto no tienes necesidad de mis bienes».
Miraba yo al Señor delante de mí,
porque está a mi derecha,
para que no sea yo conmovido.
Por tanto, se alegró mi corazón
y se regocijó mi lengua,
y también mi carne reposará en esperanza.
Porque no dejarás mi alma en el infierno,
ni permitirás que tu santo vea la corrupción.
Me hiciste conocer los caminos de la vida,
me llenarás de alegría con tu rostro,
de deleites a tu derecha para siempre.*

10. RESURRECCIÓN

Quiero comentar la última palabra de este pequeño diccionario que podemos encontrar en el evangelio de san Marcos, que contiene el anuncio de la resurrección de Jesús.

San Marcos cuenta cómo Jesús, después de su muerte, fue sepultado en una tumba escavada en la roca. A esta tumba se acercan, pasado el día del sábado, algunas de la mujeres que querían embalsamar el cuerpo de Jesús. Llegaron al sepulcro a la salida del sol, pero descubrieron con sorpresa que la gran piedra colocada a la entrada de la tumba estaba ya abierta, y he aquí que un joven sentado a la derecha, vestido de blancas vestiduras, les dice: «No os asustéis. Vosotros buscáis a Jesús el Nazareno, el que fue crucificado; ha resucitado; no está aquí. Ved aquí el lugar en donde le pusieron. Id y decid a los discípulos y a Pedro, que va delante de vosotros a Galilea; allí lo veréis, como os dijo» (Mc 16, 6-7).

Nos preguntamos: ¿Cómo estas palabras del ángel proponen todavía hoy el anuncio pascual?

1. Sobre todo nos dice: «¡No os asustéis!» Una expresión que resume cuanto habíamos buscado explicar en las precedentes palabras partiendo del concepto de Evangelio como buena noticia. Aquello que Jesús nos trae con su

vida, muerte y resurrección, es un alegre anuncio de parte de Dios, anuncio que nos invita a superar nuestros miedos y nuestras angustias. No quita la causa inmediata de tales miedos, pero nos permite superarla con una alegría muy grande.

2. La causa de esta alegría viene expresada por las palabras siguientes: «Vosotros buscáis a Jesús Nazareno, el que fue crucificado; no está aquí».

La muerte de Jesús, el aparente abandono del justo, la derrota de la verdad no ha sido un episodio. La situación definitiva es aquella de la vida, del triunfo de la verdad. Solamente la verdad, la justicia y el amor pueden mirar hacia adelante, sin temor a desilusionarse.

Cada uno de nosotros está llamado a esta vida desde ahora y para siempre si nos dejamos invadir por la justicia, el amor y la verdad que están en Jesucristo. Los discípulos fueron invitados a buscar al Resucitado en Galilea, en la tierra donde Jesús se había manifestado visiblemente, en la cual había mostrado la plenitud de su bondad, de su disponibilidad de curar a todos. Los apóstoles reencontrarán la presencia viva de aquel Señor bueno que han conocido en su vida cotidiana; es en la cotidianidad donde el Resucitado reconstruirá su comunidad, como el pastor reúne a su grey dispersa, y en la comunidad se manifestará.

3. Esa comunidad continúa en los siglos, en la asamblea de aquellos que creen en Jesús, y él continúa misteriosa, pero realmente, manifestándose en la predicación del Evangelio, en la Eucaristía, en el sacramento de la Reconciliación, en las palabras que vienen dichas, en su nombre, por los sucesores de los apóstoles. Las palabras: «Allí lo veréis» se refieren también a nosotros que somos llamados a reconocer al Resucitado en nuestra experiencia cotidiana.

¿Cuándo está presente Jesús en nuestra experiencia?

Todas las veces que estamos en consonancia y en continuidad con la experiencia descrita del Evangelio.

Luego Jesús vive en los apóstoles, en la Iglesia primitiva y en todos aquellos que participan de la fe de los apóstoles, que están unidos a sus sucesores para formar un cuerpo con Jesús; vive en la Iglesia, en su santidad manifiesta y escondida, en sus Sacramentos; vive en los hermanos que se perdonan recíprocamente sus defectos; vive en los actos maravillosos de bondad, frecuentemente escondidos, que se hacen en el mundo y que constituyen el verdadero tejido de salvación.

La palabra del Evangelio que se nos anuncia en la Pascua nos pide abrir los ojos, dejarnos iluminar por la fe, convertirnos a la bondad de Dios respecto de nosotros, acoger en nuestra existencia y en nuestro entorno los numerosos reflejos de amor y de la bondad de Dios.

Nuestra visión del mundo puede ser diversa. No que las realidades negativas sean destruidas o puedan ser olvidadas, pero estamos en condiciones de afrontarlas valientemente y no con resignación o con una suerte de desesperación interior. Jesús Resucitado nos pone en circunstancias de afrontar el mal, la injusticia, el sufrimiento y la muerte con la certeza que la fuerza de Dios nos ha sido dada, que el misterio del Reino nos ha sido manifestado. Ningún abandono exterior puede debilitar nuestra fe y nuestra esperanza.

Jesús vive y está todavía en medio de nosotros; ésta es la grandeza, la estupenda realidad proclamada por el Evangelio. La venida de Jesús no es solamente un evento del pasado, antes bien una realidad misteriosa del presente. Y cada uno de nosotros es invitado a hacer la experiencia, a entender que la última palabra, incluso ante la muerte, es la vida y la resurrección.

En tal caso la última palabra del hombre, frente a tal manifestación de Dios, no puede ser simplemente la aceptación, la confianza o la fe; debe llegar a ser una palabra de alabanza. Por este motivo los salmos son cánticos de alabanza y de acción de gracias. Veamos algunos versículos:

*Alabad el nombre del Señor,
alabad, siervos, al Señor.
Los que estáis en la casa del Señor,
en los atrios de la casa de nuestro Dios.
Alabadle porque es bueno.
cantad salmos a su nombre, porque es suave.
Cuántas cosas quiso,
todas las hizo el Señor en el cielo y en la tierra,
en el mar y en todos los abismos.
Señor, tu nombre es eterno.
Señor, tu memoria de generación en generación.
Porque el Señor juzgará a su pueblo
y se dejará vencer por los ruegos de sus siervos
(Sal 134);*

*Alabad al Señor, porque es bueno,
porque su misericordia es para siempre.
En nuestro abatimiento se acordó de nosotros,
porque su misericordia es para siempre.
Alabad al Señor de los señores,
porque su misericordia es para siempre
(Sal 135).*

Hacen eco a estas palabras las proclamaciones de alabanza del Nuevo Testamento, entre ellos el párrafo de la primera Carta de san Pedro, con lo que concluimos este pequeño diccionario:

«Bendito el Dios Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su gran misericordia nos ha regenerado para esperanza de vida por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos, para una herencia incorruptible y que no puede contaminarse, ni marchitarse, reservada en los cielos para vosotros, que estáis guardados por la fe en la virtud de Dios para la salvación, preparada para ser mostrada en el tiempo postrero» (1 P 1, 3-5).

MAS ALLÁ DEL MURO DE LA ANGUSTIA

Introducción

El título de esta parte quiere indicar que pretendo dirigirme al hombre de hoy, a la ciudad, a la gente tal como es, no a la gente anónima.

Quiero estar con vosotros con estas cinco reflexiones, teniendo en cuenta e interpelado por las palabras con las cuales Jesús responde cuando fue tentado en el desierto: «Escrito está: “No vive un hombre de solo pan, sino de toda palabra que sale de la boca de Dios”» (Mt 4, 4).

«No de solo pan» indica que el hombre vive de pan y detrás de esta palabra podemos poner tantas realidades: pan significa comida, significa vestido, significa casa. Si el hombre vive de comida, de vestido y de casa quiere decir que vive de dinero, que no lo puede menospreciar. Y, también, quiere decir que el hombre vive del trabajo, de afectos, de la familia, que vive de muchos otros bienes. Si nos preguntamos qué quiere decir que el hombre vive no solo de pan, llegaremos a comprender las otras palabras de Jesús: «El hombre vive también de la palabra que sale de la boca de Dios».

Quizá en esta frase nos viene desvelado el sentido más profundo de nuestros deseos; quizá no escuchamos o no sabemos escuchar la palabra de Dios, no nos dejamos interpelar por ella. Quizá el deseo que hay en cada uno de nosotros y que no llegamos a captar es propiamente el deseo de Dios y de su Palabra.

1. ¿Qué es el muro de las angustias?

Volvamos otra vez al título: *Más allá del muro de las angustias*.

¿Qué es el muro? Muro es lo que cierra, lo que impide, que no deja pasar los contactos entre las personas, las miradas, las voces. Nos divide, por ejemplo, la angustia. Y la angustia, el miedo, ha edificado en la convivencia tantos muros, candados, cerraduras, cadenas.

Muro es toda forma de egoísmo, de plegamiento sobre sí mismo: cada uno piensa solamente en sí mismo y la comunicación llega a ser imposible; creemos que nos hablamos, pero no nos entendemos, no nos oímos.

El objetivo de estos pensamientos, es encuentro entre nosotros, de hacer desaparecer las murallas, vencer el muro de las angustias y de la soledad, ayudarnos no solamente a hablar y a escucharnos, sino también a hacer un verdadero camino hacia la autenticidad.

Es un camino que exige lucha, el esfuerzo de salir del egoísmo y de la cerrazón y, queriendo trabajar juntos, nos dejamos guiar por el pasaje evangélico que nos narra el encuentro de Jesús con la samaritana. Al inicio del diálogo con el cual Jesús quiere llevar a la mujer a la autenticidad, le dice: «Dame de beber» (Jn 4, 7). Todo el coloquio parte de la imagen del agua; la samaritana cree que Jesús quiere aquella agua del pozo, pero él sin embargo, habla del agua que nace de dentro, que es una fuente interior.

¿Hay quizá en nuestra experiencia alguna cosa que corresponda a aquel pozo –visible y sin embargo cerrado– o a aquella agua escondida que brota dentro?

Hoy hay muchos que encuentran simpatía en Jesucristo. Todos conocen, al menos vagamente, la pureza de su mensaje, su preferencia por los pobres y los humildes, la coherencia de su vida con sus palabras. Esto corresponde al agua del pozo: la simpatía por Jesús es un sentimiento que podemos alcanzar de vez en cuando, que nos

sirve y todavía no brota, no está dentro de nosotros y no nos hace alcanzar los manantiales de la autenticidad.

Si uno no se contenta con los confusos recuerdos del catecismo, y se dispone a leer el Evangelio, se encuentra con un personaje inolvidable que ha dicho palabras fuertes y profundas sobre problemas importantes de la vida y se ha acercado a cada hombre y a cada mujer, desde los más grandes a los más pequeños, con una seriedad, con una ternura, una lucidez impresionante. Leyendo y releendo el Evangelio, el agua estancada empieza a moverse y nos acercamos hacia la verdad de nuestra vida.

Mas una lectura atenta nos obliga a ir más allá. A través de tantas palabras y tantos comportamientos, Jesús nos hace entender claramente que la particular intensidad, con que él ha vivido, deriva de una profunda e íntima relación suya con Dios, el Padre. He aquí entonces que el agua nos entra dentro. Pasar del agua del pozo a aquel manantial que llega a ser en nosotros fuente de autenticidad, quiere decir entender que Jesús no es solamente una persona simpática, humana, que ha acercado a los hombres con preguntas e interrogantes profundos, pero es la presencia de Dios vecino al hombre, es la vecindad de Dios mismo a cada uno de nosotros y a nuestra vida. Este pasaje es el camino que queremos cumplir, saliendo del miedo que hemos de contrastar con las preguntas existenciales más profundas. Entender siempre mejor qué es la persona de Jesucristo para nosotros y para nuestra vida, para nuestra familia, para nuestro trabajo, llegará a ser un modo diverso de leer y de guardar los problemas preocupantes de nuestra sociedad. Reconocer que Jesucristo es Dios con nosotros, el Dios que cambia nuestra vida, hará caer tantos muros de la ciudad: el miedo de la guerra, el terror de una posible destrucción de la humanidad; e, incluso, los sufrimientos más oscuros y secretos de cada uno de nosotros serán iluminados y confortados.

Veamos de ayudarnos con preguntas que podremos comentar en familia:

— ¿Cuál es el muro de la angustia, el muro que nos impide comunicarnos, conocernos, hablar entre nosotros?

— ¿Tenemos la confianza de poder saltar y destruir el muro o, al contrario, nos resignamos a una existencia cerrada y sin esperanzas?

— ¿Tenemos sed de conocer a Jesús como el Dios que camina con nosotros, para hacernos auténticos y romper los muros que nos dividen?

— ¿Qué hacemos en concreto para conocer a Jesús y su Evangelio?

2. «La verdad os hará libres»

Más allá del muro quiere decir entrar en las casas y quiere decir abatir los muros del egoísmo y de la soledad.

Una parte del evangelio de san Juan nos sugiere todavía otro significado: más allá del mundo significa construir una ciudad de hombres libres.

«Jesús decía a los judíos que habían creído en él: Si perseveráis en mis palabras verdaderamente seréis mis discípulos, reconoceréis la verdad y la verdad os hará libres» (Jn 8, 31-32).

Podemos pues reflexionar juntos sobre las palabras de Jesús: «La verdad os hará libres», para entender qué quiere decir hacer o vivir esta experiencia.

Quiero citar una carta, muy triste, que recibí hace algún tiempo. Quien me escribía era una niña y, entre otras cosas, decía: «Me agradecería ir a verle junto con mis compañeras pero no puedo, porque debo estar en compañía de mi queridísimo papa y debo cuidarme de mi hermanito, porque mi madre nos ha abandonado... Espero que usted acepte esta pobre carta mía y, si no le pido mucho, naturalmente si tiene tiempo, me da una respuesta». Ya he respondido a la niña, pero ahora aquella carta, me ha vuelto a la memoria con toda la tristeza que expresa. Sin querer

juzgar a la madre, me pregunto: ¿Esta mujer es verdaderamente libre en su libertad?

Si pensamos en Jesús, así como se nos presenta en los relatos evangélicos, debemos todos recordar que incluso en el momento de su pasión, era un hombre libre, sin tensiones, resuelto, sereno. Es libre porque no hay condicionamientos, no tiene miedo a nadie, ni menos de perder al amigo Judas.

Es la imagen de una soberana libertad y todos nosotros quisiéramos tener una libertad así, todos nosotros quisiéramos ser libres de todo aquello que otros puedan decir o hacer de nosotros.

¿Pero por qué, preguntamos, Jesús es libre? Porque tenía un proyecto. Libertad en efecto, no quiere decir solamente ser libre de condicionamientos que nos bloquean o nos impiden ser auténticamente nosotros mismos: quiere decir, más bien, expresar un proyecto, tener un proyecto, un punto de referencia. Jesús sabe y siente que su vida está íntimamente unida al Padre, sabe que no está solo, sabe que hay alguien que confía en lo que él hace.

Vive su existencia con plena libertad que se traduce en capacidad de amar, de dedicarse, de darse. Y nos invita a participar de su libertad, de su proyecto.

La libertad que nos hará libres es un proyecto más grande que nosotros, un proyecto que nos viene propuesto por aquel que nos ama plenamente, por un Padre que nos atiende, que nos es próximo y que en Jesús se hace cercano a cada uno de nosotros.

Ser libres equivale a tener una referencia de una verdad absoluta, que no viene nunca a menos, que es certísima y que nos es cercana como un amigo, que nos enseña a darnos.

Nosotros conseguiremos construir una ciudad más allá del muro de la angustia y un mundo de hombres y mujeres libres, si escuchamos esta propuesta de Jesús que es la verdad.

Quisiera invitaros haciéndoos estas preguntas:

— ¿Qué hay en mí que no me hace libre, que me condiciona, que me boquea? ¿Que hay fuera de mí que me bloquea, me congela, me impide comunicarme?

— ¿Qué pasos puedo dar hacia una libertad interior? ¿Qué pasos cercanos a mí, qué gestos, qué deferencias, qué situaciones debo aclarar?

— ¿Por qué no creo en Jesucristo? ¿Por qué no creo que su vida plenamente humana vivida sobre la tierra, revela los designios de Dios y los proyectos que Dios tiene sobre toda la humanidad?

Quizá no conseguiremos responder enseguida a estas preguntas. Harán, tal vez, surgir el deseo inmenso de libertad interior, que cada hombre y cada mujer llevan, a lo mejor sin saberlo, en su corazón.

3. Cómo he llegado a creer

Siento esta pregunta que me alcanza, sea a través de los medios de comunicación sea a través de mi propia sensibilidad: «¿Cómo has conseguido creer en Jesucristo?»

Es un poco la pregunta personal que nos encontramos en una página del evangelio de san Juan. Al hombre ciego de nacimiento y curado por Jesús, éste le pregunta: «Crees tú en el Hijo del hombre?» (cfr. Jn 9, 1-41).

Esta pregunta la hago propia, dirigida a mí: «¿Cómo has llegado? ¿Cuál ha sido tu camino?» Es naturalmente peligroso entrar en la propia biografía y prefiero marcar la historia de alguien, de un muchacho por ejemplo, que conoce a Jesucristo muy pronto —en la educación familiar, escolar, religiosa— y es fascinado. De vez en cuando le surgían preguntas, sobre todo cuando, con el paso de los años, comenzaba a estudiar tantas otras cosas y entonces interperaba: «Todo esto que dice Jesús es muy bonito, ¿pero es verdadero, tiene algún fundamento?»

El muchacho busca por lo tanto leer libros que le hablen de la historia de Jesús, se esfuerza profundizando

en el tema y en cierto momento —¡aquí la narración se hace autobiografía!— me viene el gran don de poderme dedicar plenamente al estudio de la Sagrada Escritura, de los orígenes del cristianismo. Mi deseo era descubrir hasta el fondo la verdad de Jesús y la solidez de cuanto me habían enseñado de él.

El estudio de los orígenes del cristianismo comporta distintos aspectos: el conocimiento de lenguas antiguas en las cuales fueron escritos los libros de la Biblia, el estudio de la arqueología, de la cultura, de la historia, en resumen el acercamiento a las fuentes que hablan de Jesús y de su tiempo. Hay una cosa en verdad importante: el estudio de todas las interpretaciones sobre Jesús. Nunca me he contentado con conocer solamente las interpretaciones positivas, benévolas y he querido leer atentamente, oír con seriedad y dejarme cuestionar por todas las interpretaciones racionalistas, ateas, reductivas que buscan interpretar la figura de Jesús de manera puramente humana o mística.

Así he pasado varios años en este trabajo de lectura, confrontación, fatiga, tal vez de ansia, de tensión, porque se trata de una investigación apasionada y que nos coloca frente a interrogantes muy graves. Pero siempre, cada vez más, se hacían en mí claras las evidencias de la historia de Jesús: no se puede eludir la figura, no se puede negar la fe en las fuentes antiguas sobre él sin desmentir, sin entrar en una contradicción cualquiera con el método de investigación. Un método que quiera resolver de manera reductiva las fuentes sobre Jesús muestra, primero y después, sus puntos débiles.

Para mí el haber descubierto todo esto en la fatiga cotidiana, en el contacto, en el encuentro, en el esfuerzo de dar respuesta a todas las objeciones posibles, ha sido de grandísima ayuda. Y he llegado a la convicción que la historia de Jesucristo es, en su conjunto, del todo inatacable: Jesús ha dicho lo que ha dicho, ha hecho cosas grandes,

ha realizado milagros, ha sido muerto en la cruz en tiempos de Poncio Pilato, ha sido visto vivo por los suyos. Ha sido una personalidad única en la historia y sus importantes palabras sobre el hombre nos interpelan necesariamente: «¿Me crees? ¿Me acoges, me das confianza? ¿Crees que te hablo en nombre de Dios?»

He ahí dónde llega el camino: a la claridad ineludible de la palabra de Dios. La riqueza para cada uno de nosotros y ahora es hacer, con los medios a nuestro alcance, un poco de este camino para conocer la certeza sobre Jesús y sobre sus palabras. Jesús dice al ciego curado: «Tú has visto (al Hijo del hombre) aquel que habla contigo, es él». También nosotros, en la búsqueda histórica de Jesús, llegamos al momento de la pregunta ineludible: «Crees o no en aquello que esta persona seriamente te dice?»

Vosotros me diréis que es un camino largo, fatigoso y no todos pueden hacerlo del mismo modo: esto es verdad pero sin embargo cada uno debe hacerlo en la medida en que pueda, partiendo de las cosas que ya conoce.

Yo creo que muchos cristianos permanecen en el grado elemental de una cierta simpatía humana hacia Cristo, sin profundizar en la pregunta fundamental que él le hace al hombre: «¿Crees en mí?» Algunos lo hacen porque se contentan con las nociones recibidas de niño y no afrontan una catequesis más amplia, no leen a fondo los evangelios, no leen aquellos libros incluso sencillísimos (que por desgracia muchos no están muy bien escritos) que instruyen sobre la solidez de los hechos de Cristo.

Quisiera que hicieran este camino muchos, cada uno a su modo, para clarificar siempre más la certeza que llevamos dentro y que es el don de la fe, el don del Espíritu Santo en nosotros, certeza que se funda sobre la roca de la historia, de la verdad, de la racionalidad.

Probemos a preguntarnos:

— ¿Qué hago por conocer más y mejor a Jesucristo? ¿Qué leo, de quién me hago aconsejar?

— ¿He leído los cuatro evangelios enteros? ¿Qué podría hacer para que entre en mi vida esta experiencia tan profunda y penetrante?

4. Acoger a Jesús

Hablamos de hogares en los cuales, sin angustia, las personas se conocen, se ayudan, se encuentran. En ellos hay sin embargo muchos sufrimientos, dolores, situaciones que podemos compartir con los otros. Algunos dolores son difíciles de comunicar: cuando somos golpeados por la muerte, por ejemplo, y no conseguimos poder llorar en soledad, teniendo, en esos momentos, que preocuparnos de otras cosas.

Más allá del dolor dramático causado por una muerte, he encontrando, entrando en hogares durante las visitas pastorales, muchos otros sufrimientos: pienso en las personas que carecen de cama, de inmuebles durante años. Quisiera tener un amigo con quien compartir los sufrimientos, pero es muy difícil.

El evangelista san Juan presenta a Jesús que comparte íntimamente el dolor de una familia y yo quisiera titular este episodio (conocido como *La resurrección de Lázaro*): *Llanto por un amigo*.

El amigo de Jesús, Lázaro, había muerto y sus hermanas estaban llorando. En verdad había personas que lloraban junto a ellas, pero era un llanto que no servía para mucho.

En un cierto momento entra en la casa Jesús y es interesante destacar el modo como entra. Sobre todo llora, es decir, participa en el sufrimiento y lo hace sin molestar, sin crear confusión o desastre, pero con pasión y con fineza profunda. Dice el evangelio: «Cuando Jesús la vio llorando (a María) y que también lloraban los judíos que habían venido con ella, se conmovió profundamente y se turbó. Dijo: «¿Dónde lo habéis puesto?» Le dijeron: “Ven,

Señor, y lo verás”. Jesús lloró. Dijeron entonces los judíos: “Mirad cómo le amaba”... Jesús, conmoviéndose otra vez, fue al sepulcro» (Jn 11, 33-36.38).

En segundo lugar Jesús no quiere irse sino después de haber traído a la vida a Lázaro y dado la serenidad a aquella familia.

Jesús quiere entrar en nuestros hogares para ayudarnos a entender nuestros problemas pero nosotros no lo acogemos porque no hemos dado todavía el paso de la simpatía humana para con él, al contacto directo con su persona. ¿Cómo superar la desconfianza que nos impide el diálogo personal con Jesús, el Hijo de Dios? ¿Cómo conseguir una relación que poco a poco cambiará nuestra existencia? Sin una relación verdadera con él, difícilmente romperemos el diafragma que hay entre nosotros y los demás y que nos bloquea en la comunicación y en la división.

El paso desde la conciencia histórica de Jesús al encuentro inmediato con él se llama: creer. Creer quiere decir este salto, ir más allá del diafragma, superar esta barrera. Yo no puedo decirlo cómo se da ese paso porque ninguno puede darlo por nosotros: cada uno debe hacerlo por sí mismo y es don de la gracia. Es solamente Dios el que nos atrae, que nos hace dar el paso fundamental para la existencia humana. Y si no conseguimos entender en todo su significado existencial la palabra «creer», podemos hablar de confiarse: fiarse de Dios que se ha manifestado de este modo en Jesús, confiarse a él.

Hagámonos algunas preguntas:

— ¿Mi vida cristiana se reduce a una suma de gestos que cumplir o la vivo como una relación personal de todo mi ser con Jesús? ¿Quién es Jesús para mí?

— ¿Hago entrar, mediante el Evangelio, a Jesús en mi vida cotidiana, abriéndole las puertas de casa y las de mis sufrimientos? ¿Sé hablar con otros sobre Jesús y sus valores esenciales de la vida?

— ¿Qué bloquea mi diálogo con Jesús? ¿Sé que en la Iglesia existe un medio, ofrecido a todos, para superar este bloqueo, es decir, el sacramento de la Reconciliación que es el camino para alcanzar un diálogo auténtico con Jesús?

Estamos a la búsqueda de una ciudad abierta, de una ciudad en la que se puedan confiar unos de otros. Si nosotros acogemos el don de la gracia, el don de la fe, Jesús entrará en nuestras casas, participará de nuestras dificultades y entonces nos reconoceremos unos y otros como amigos, en una única gran fraternidad, y la ciudad sin muros llegará a ser una realidad para cada uno de nosotros.

5. Una nueva vida para la ciudad

Hemos llegado al último punto de nuestra conversación y es importante reflexionar sobre lo que significa una *ciudad* en la cual la gente ha tenido el muro de la angustia.

Hasta el momento hemos intentado entender qué quiere decir «más allá de los muros»; cuáles son los muros dentro de nosotros, cómo los podemos superar y qué conseguimos al superarlos.

Ahora reflexionemos brevemente sobre la ciudad, pensando en el encuentro de Jesús con Jerusalén como símbolo de cualquier otra ciudad.

Ciudad quiere decir civilización, quiere decir cultura, quiere decir aquella otra ciudad más amplia que es la humanidad.

¿Qué relación, qué comportamiento asume la ciudad frente al encuentro con Jesús?

Del evangelio podemos sacar un doble planteamiento: en primer momento es acogido triunfalmente por muchos, pero en cierto momento es rechazado. Son dos planteamientos sobre los cuales debemos reflexionar.

a) El primero es la actitud de una ciudad abierta, capaz de acoger lo nuevo, de pensar críticamente, de cons-

truirse en el encuentro con Cristo, de reencontrar la fuerza de ánimo para una sociabilidad al servicio de todos. La ciudad abierta es ante todo abierta a la trascendencia, sabe reconocer que hay realidades profundas que dan sentido a todo aquello que cumple. Abierta al sentido de valores éticos y morales, consciente de que, más allá de lo que se construye en ella, hay valores que crecen o decaen. Una ciudad abierta a esta realidad, difícilmente pero sin embargo necesaria, que es la contemplación.

b) El segundo es el rechazo, la ciudad cerrada en la cual prevalece el miedo de las consecuencias liberadoras del mensaje cristiano para su vida social y para su realidad cotidiana.

Podemos ahora concluir que la ciudad tiene un destino, que la civilización puede tener un sentido, pero que tal sentido le viene del reconocimiento de aquella verdad fundamental de la historia y del ser que hemos buscado de ilustrar un poco en estas nuestras conversaciones.

Nacen así preguntas para nosotros:

— ¿He encontrado mi puesto en la comunidad cristiana? ¿Colaboro, en cuanto me es posible, a fin de que la Iglesia esté al servicio de la comunidad social y civil? ¿O, sin embargo, prefiero estar cerrado en mi individualismo buscando solamente un bienestar privado?

— ¿Estoy atento a quien vive a mi lado, puerta con puerta? ¿O, tal vez, recrimino los males de la humanidad en general, sin vivir actitudes de caridad y de acogida en familia de las familias que viven vecinas a mí?

— ¿Tengo la conciencia de ser responsable de si la ciudad es abierta o cerrada, llena de rechazos?

A todos y a cada uno auguro que la Resurrección de Cristo, la fuerza liberadora de la muerte, estalle dentro de mi existencia y se exprese en obras que sean significativas de la vida nueva que Cristo lleva al mundo.

LAS RAZONES DE MI CREER

Introducción

Nos hemos reunido para los encuentros con los que forman llamadas *Cátedra de los no creyentes*. En los pasados años habíamos pedido a algún no creyente exponer las raíces y motivación de su increencia, ante un público de creyentes y no creyentes. Hemos oído filósofos, ensayistas, psicólogos. Las motivaciones de fondo de la *Cátedra* estaba en la convicción de que existe el creyente, o quien quiere creer, incluso el no creyente, o quien no quiere creer. Frecuentemente marginamos al uno o al otro, porque somos incapaces de estar a la escucha, con paz y objetividad, de cuanto ellos nos dicen.

Con esta nueva iniciativa queremos dar voz a algunos creyentes que representan la común fe cristiana, sin distinción de confesiones. Yo mismo tomaré en primer lugar la palabra, pero mi opinión no tendrá una forma académica o apologética, sino más bien testimonial. Ciertamente detrás de lo que yo diga hay muchas preguntas. Por ejemplo: ¿Crear es una gracia, ésta alcanza a todos o a alguno? ¿Crear es una decisión de la voluntad o una inclinación del corazón? ¿Es verdaderamente necesario creer o es quizás mejor estar apartado? Y todavía más: ¿Por qué hay tanta irresponsabilidad en el mundo? ¿Es posible caminar hacia un mundo más responsable? ¿La fe y el no creyente tienen algo que ver con la historia del mundo?

O bien preguntas como las siguientes: ¿Qué sentido tiene el referirse a Jesús para resolver nuestros problemas de hoy? ¿Es posible para el hombre una auténtica experiencia moral y con qué condiciones? ¿Qué relación existe entre nuestra experiencia histórica y el mundo futuro prometido por la fe?

No quiero responder de modo escolástico a todos los interrogantes. Deseo más bien expresarme como un creyente que se mueve a partir de su fe, cómo se introduce y coloca en este mundo de necesidades.

Es necesario que el que participa en nuestros encuentros sea *pensador*. Me ha impactado una frase muy bella de un filósofo, no creyente, Norberto Bobbio: «La diferencia importante para nosotros no está entre los no creyentes y los creyentes, sino entre los pensantes y los no pensantes; o bien entre aquellos que reflexionan sobre los distintos “por qué”, y los indiferentes que no reflexionan». Y observaba: «La especie de los indiferentes, que es en mucho la más numerosa, se encuentra tanto entre los creyentes como los no creyentes».

Las últimas palabras expresan un poco de amargura, de pesimismo, pero nosotros queremos contribuir a reflexionar y a escuchar.

Las luces de mi camino de fe

Me propongo aquí ofrecer razones, ante vuestra consideración, de mi camino de fe, con sus luces y con sus sombras.

Ciertamente un camino de fe es muy difícil de expresar, precisamente por su simplicidad, quisiera incluso decir por su «originalidad». Porque es una experiencia primaria, algo de emergente que, cuando hablamos, arriesgamos el complicarlo. El mismo Moisés, después de la experiencia de la zarza ardiente, consiguió comunicar a sus hermanos lo que le había pasado y el mensaje que había recibido,

pero no aquello que había sentido, la naciente experiencia de fe.

Intentaré decir, temo que con muchas lagunas, cuatro luces y tres sombras de mi camino de fe. En otras palabras, os expondré las cosas simples en las que creo y cuales son los obstáculos primarios por los que tal vez tenga miedo, humanamente, de no llegar a creer.

¿Cuáles son, pues, *las luces*?

1. Diré en primer lugar que lo de ser creyente es un *camino*, un *odòs*, como dice el Nuevo Testamento en griego, un camino que se recorre, podremos decir una experiencia, dando a esta palabra el sentido preñante de camino pleno y totalizador. Es pues algo que es primero vivido y después pensado, con una sucesiva reflexión racional sobre lo vivido.

Es algo que vivo no en solitario, particularmente, sino es una totalidad histórica que me confiere globalmente, es decir en el conjunto del camino de la Iglesia cristiana durante siglos, de las cuales tenemos en nuestra catedral de Milán y en otras, tantos testimonios. Hay junto a esta cultura, a estas memorias, recuerdos, libros sagrados, gestos, elecciones personales, amistades, connivencias, experiencias comunitarias, que forman el camino del cual me siento parte.

2. ¿Qué constituye la raíz, o el momento naciente, de este camino?

Se podría decir que en el fondo de esto que se vive se tiene como la *experiencia de ser buscado, de ser interpelado*.

Por esta experiencia originaria, fontal, difícil de describir en sí, han sido usadas muchas metáforas, que pueden parecer lejanas a la experiencia cotidiana, pero no lo son. Tenemos la metáfora de la *herida del corazón*, que indica cómo una nostalgia o inclinación profunda que viene de fuera sin embargo está dentro de nosotros, de la cual

no se puede curar, y se puede querer olvidar pero sin embargo retorna. Y también la metáfora del *enamoramien-to* que indica una decisión envolvente, el percibir un valor que pide respuesta total y el disponerse a darla voluntariamente, con la cabeza y el corazón.

3. Y si quiero buscar expresar qué es este «tú» que me busca, que me llama, como se manifiesta en la conciencia de quien cree, puedo dar algunas características, que son incluso una tentativa de descripción de la experiencia de fe, pero que no la agotan y no son sino el esfuerzo de dar algo más allá de nuestras palabras.

El «tú» que busca el creyente se presenta sobre todo como un *misterio indisponible*, sobre el cual no se puede poner las manos, que está siempre más allá de cuando se piensa haberlo entendido o alcanzado. Se presenta también con características de *don*, algo que no se puede agarrar pero que viene dado y al ser un don nos sorprende, porque tiene siempre la connotación de gratuito, de no debido.

Todavía se presenta como *aquel que habla*, que dice palabras, de consolación, de ánimo, incluso de juicio, pero que siempre se levanta de nuevo y continúa todavía caminando. Se presenta como *algo que atrae*, con una atracción que suscita búsqueda continua. Quien cree, cuando reflexiona sobre su fe, percibe como verdaderas las palabras del salmo: «Como el ciervo desea las fuentes de agua, así te desea a ti, oh Dios, mi alma» (Sal 41, 2). «Dios, Dios mío, por ti estoy en vela desde que amanece; mi alma tuvo sed de ti, ¡cómo te ansía mi carne!» (Sal 63, 2).

Es este «tú» misterioso, que se hace buscar, que atrae continua e irresistiblemente, se presenta como un *aliado*, que está de mi parte, que me permite decir en cada circunstancia: soy amado de Dios y no temo ningún mal.

Se presenta como aquel que *abre nuevas perspectivas de entendimiento*, nuevos horizontes de acción, y por lo

tanto desata continuamente los nudos de la vida, propicia nuevos caminos de salida, nuevos posibles comienzos.

En fin, se presenta y se hace sentir como *aquel que se da, se comunica*, se manifiesta, ofrece una comunión de experiencia.

Quien conoce un poco la Biblia se da cuenta que en cada página vibra esta presencia, de un «tú» que continuamente nos sorprende, nos mueve, estimula lo vivido cotidianamente y lo abre a la novedad. Y aquel que cree, cuando lee las parábolas bíblicas siente de manera eficaz la verdad de su vida, la vive, por así decirlo, la confirma.

4. El último aspecto luminoso de la experiencia de fe: la *comunicación* de un «tú», que llega con estas características continuamente resurgiendo en el espíritu y continuamente proponiendo el camino global de la comunidad cristiana, es *plural*, y múltiple.

Con esto digo algo que será explicado mejor más adelante. Aquí señalo solamente el hecho de ser buscado, llamado, interpelado, tocado y algunas veces se nos presenta como algo que viene de lo alto; a veces como algo que es, por así decirlo, coextensivo a nuestra experiencia histórica; a veces como algo que viene de dentro, que parte de lo íntimo de la conciencia.

Y esta diversidad de comunicación (de lo alto, del horizonte de nuestra experiencia histórica, de dentro de nosotros) da lugar a la percepción de una pluralidad en el misterio divino, pluralidad sobre la que se articula todo el credo cristiano porque constituye la esencia; es la pluralidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. El Padre que de lo alto nos llama para ofrecernos la alianza; Jesucristo que, como Hijo de Dios encarnado, se coloca a nuestro lado en nuestro camino histórico; y el Espíritu Santo que nos da testimonio en lo íntimo.

La Trinidad no es por lo tanto un dato lejano de la experiencia del creyente; él percibe la divinidad en esta mis-

teriosa pluralidad de la cual la fe desvela poco a poco aspectos más precisos.

Concluyo aquí la exposición de las luces de mi experiencia de fe. Una tal experiencia propicia, en la cotidianidad del creyente, una constante plenitud de significado y la confianza de abrirse a nuevas posibilidades de entendimiento, superando todo desánimo respecto a vacíos de significado, que no faltan nunca en el camino de la vida.

Las sombras de mi camino de fe

Quisiera ahora dar razón también de las dificultades de mi camino de fe, dificultades que he tenido que superar en el pasado o que a veces me sorprenden también en el presente, en razón de que el camino no es solamente luces, sino luces que se hacen camino entre las sombras, y alguna vez entre las tinieblas.

En realidad, para conseguir una experiencia de fe madura, integrada en el conjunto de la personalidad, y por lo tanto capaz de dar razón de ella, el camino puede ser largo. Es el camino de aclararse siempre mejor a sí mismo el sentido y los valores de la experiencia, el camino de la racionalidad, de la integración de los valores en el ámbito de la propia vivencia, hasta formar un conjunto coherente, en el cual nos movamos allí cómodamente.

A este propósito lo vivido es diverso y múltiple; y si debo volver a la propia autobiografía, quisiera subrayar tres obstáculos en el camino.

1. *La superación del positivismo histórico y del racionalismo*, es decir de la herencia de los últimos otros siglos de nuestra historia.

Debo dar gracias a los más aguerridos hacedores del racionalismo de los siglos pasados y de nuestro siglo, por haberme conducido a un durísimo examen crítico sobre

las vicisitudes de Jesucristo y sobre la historicidad de los orígenes del cristianismo. Algunos de estos autores son conocidos de todos, especialmente los franceses del siglo pasado, como Renán, o de este siglo como Goguel; pero hay muchísimos otros autores, especialmente alemanes, que han intentado trabajar en este campo con el máximo rigor crítico y científico.

Yo he tenido la suerte de poderme acercarme durante mucho tiempo y ampliamente, en mi juventud y también después de ella; puedo decir que los he leído un poco a todos, y con más atención a aquellos que mayormente se encarnizaban en su rigor crítico. Recuerdo haberlos devorado, con atención y con emoción, porque su análisis tendía a suprimir toda confianza, y cada confianza mía, que en Jesús de Nazaret tuviese, más allá de las grandes virtudes humanas, una cierta revelación de lo alto, y algo como se suele decir de sobrenatural; me dediqué a la lectura de estos autores con pasión, comprobando cada dato, dejándome casi envolver y sumergir en su fuerza dubitativa. Es propiamente a través de ellos que he tenido ocasión de introducir un análisis racional de los datos de la historia bíblica y he alcanzado una intuición decisiva: que la tentativa de reducir las vivencias de Jesús a cualquier cosa interpretable con la pura racionalidad intramundana, prescindiendo de cualquier comunicación de aquel «tú» misterioso del que antes he hablado, no era posible sino a expensas de manipular los datos. Debo añadir una frase más fuerte, que no quiere ser reproche para ninguno de esos autores, los cuales intentaban actuar con la máxima honestidad intelectual; pero en realidad cuando se trataba de dar cuenta de datos objetivos, allí se encontraban, más pronto o más tarde, frente a alguna arbitraria reducción de datos y por lo tanto a una cierta forma de deshonestidad intelectual. Porque los datos de las actuaciones de Jesús, incluso tratadas con un riguroso método de crítica histórica, presentan siempre un residuo

humanamente no explicable, que no se puede eliminar sino a cuenta de cierto acto de arbitrariedad.

Por eso yo estoy muy reconocido a estos autores, que me han permitido salir de las pruebas de positivismo histórico con la conciencia de que la propuesta de fe que sale de Jesús de Nazaret es perfectamente coherente con una razón que investiga.

Ciertamente que la superación de la larga estación positivista que ha pesado tanto sobre nuestro camino europeo, requiere especialmente fatiga, aplicación, constancia. Entiendo por eso cómo pueden nacer excusas y una cierta posibilidad de desvío, de dudas de incertezas, o de fuga respecto a aquellas tensiones de fe que he intentado antes de describir.

Con esto es suficiente para expresar este primer obstáculo, esta primera fatiga vivida para dar razón de la fe a través de un fatigoso camino de búsqueda sobre las fuentes más antiguas de los orígenes del cristianismo, examinadas según el rigor de la metodología crítica.

2. Hay sin embargo una segunda prueba que concierne a los creyentes y ésta les sigue incluso en su camino de fe más madura. Es la prueba de la *superación de la nube del no sentido*, de los vacíos, de la oscuridad del entendimiento.

Escribe un teólogo contemporáneo: «Sin fe, sin los ojos del amor (que son en realidad la fe) el mundo es demasiado malo para que Dios sea bueno, para que un Dios bueno exista».

Cualquiera que se deje atraer con el diálogo de fe con Dios, experimente, antes o después, o mucho o poco, estos momentos oscuros, estos vacíos de sentido, en su vida y más todavía en la de los demás: ante la ruptura de relaciones que parecían hermosas, tan justas, tan verdaderas, en la familia, entre los padres e hijos, entre los amigos; frente a la enfermedad, a la muerte, al derrumbarse las esperanzas justas, al dolor inocente; más todavía ante si-

tuaciones de degradación moral insoportable. Y estos momentos son tanto más difíciles, cuanto no se tratan sólo de conceptos, sino de realidades dolorosas y que queman en las cuales somos imprevisiblemente introducidos. De esta manera la lucha no es tanto sobre el plano de las ideas, como en aquel otro de la percepción práctica: ¿Cuál es el significado de nuestra vida en este mundo?

Al tema del dolor, ejemplarizado en la figura de Job, hemos dedicado en los años pasados nuestra atención*. Ahora me limito a preguntar: ¿Cómo la conciencia del creyente puede superar el hecho de las noches oscuras del sentido de la vida?

Me parece que la superación viene en dos momentos. Sobre todo con el *movimiento de la misma fe*, que da confianza a aquel que, a pesar de todo, le puede dar un sentido a su vida. Es el mismo dinamismo del creer, del fiarse, que opera con una tenacidad y con una invencibilidad que tienen algo de prodigioso. No se creería si aquello no se hubiese vivido.

En segundo lugar, la superación llega porque, mediante el *abandono al misterio de Dios* que es propiamente la fe, nos sentimos llamados a no ser inertes, sino a dar sentido nosotros mismos, por cuanto está entre nosotros, a la experiencia dolorosa.

Nos damos cuenta que la situación que aparecía irremediable, manifiesta inesperadamente aperturas de solidaridad, de amistad, de amor. Pero es solamente introduciéndonos en tal apertura como se descubre. Y esta valentía continuada y exigente, es un don, pero que se paga; no puede ser programado en teoría, pide el riesgo diario de confiarse.

3. Finalmente, indico brevemente una tercera prueba o dificultad, que asedia nuestro creer cotidiano, una prue-

* Carlo Maria Martini, *Habéis perseverado conmigo en las pruebas: Meditaciones sobre Job*, Valencia, Edicep, 1990.

ba a la que creo nadie se ha substraído: aquella de la mezquindad o de la *banalidad de cada día*, que parece reducir a medida casi insignificante los grandes horizontes de la fe.

El modo de vivir los cristianos cada día, las pequeñas cosas de la existencia ordinaria, fuera de algunos grandes eventos o momentos, de la rutina, del aburrimiento; aunque la repetición de los mismos gestos de la fe puede hacer perder su esplendor; nuestro comportamiento habitual y el de otros nos parece saturado de pesadez; la maldad de la vida de cada día parece vencer sobre todos los grandes ideales; nuestra energía muestra nuestro cansancio, nuestros errores nos envilecen, nuestros defectos parecen crecer con el tiempo, las cosas que habíamos esperados no se realizan.

¿Quién no conoce esta tentación de cada día incluso las elecciones ideales más grandes?

Yo he tenido la experiencia de dos respuestas de la práctica del creyente que confía plenamente en Dios. La primera es la constatación que, a pesar de la mezquindad de la historia cotidiana que tanto nos pesa, algo se mueve. A pesar de todo, quien conserva los ojos un poco limpios verá surgir nuevos eventos del Espíritu, aunque tal vez silencioso, percibe que Dios interpela a pesar de toda esta historia e incluso esta nuestra Iglesia. Los hechos del Este europeo han abierto los ojos a muchos, respecto a la insospechable posibilidad escondida entre los entresijos del espíritu humano. El que cree, sabe acoger la presencia del Espíritu generador de vida siempre nueva.

Hay después una segunda respuesta que parece todavía más pertinente, más directamente ligada al mundo de la fe: Dios se revela, como dice Lutero, «*sub contraria specie*», es decir propiamente en aquella obscuridad en la cual nos asustamos de encontrarnos. Es la revelación del don de Dios en el máximo de la mezquindad, vileza y bajeza de la historia humana.

Pero esto forma parte ya de un contenido más específico de la fe, del misterio del Padre y del misterio del Hijo del hombre, Jesucristo crucificado y resucitado.

Para este encuentro me basta haber expuesto un bosquejo de algunos elementos primordiales de un camino creyente.

La autoconciencia creyente

Al final de este encuentro quisiera intentar dar una mirada a la experiencia que hemos vivido teniendo presente la riqueza y la multiplicidad de los temas tratados.

Una experiencia *del plural*, que nos hace descubrir analogías entre los distintos caminos de búsqueda, de tantas y diversas personas, y nos descubre cuánto nos comunicamos entre nosotros, lo que puede suscitar el conocimiento de participar todos de un camino común.

Una experiencia *gratuita*, sin apoyaturas propias.

Del testimonio de las personas que he escuchado en mi vida y que han dado voz al no creyente y al creyente que hay en cada uno de nosotros, hemos podido comprobar el nacimiento de una autoconciencia en la cual he encontrado al menos cuatro características.

1. La primera característica es que esta autoconciencia ha sido expresada de manera no necesariamente armónica entre ellas, ni con el agrado de todos.

No pienso que ni siquiera alguno de los relatores estuviera siempre de acuerdo sobre el modo con el cual otro expresaba los contenidos; de este punto de vista han habido ciertamente diferencias y distancias.

Me ha impresionado sin embargo el hecho que nosotros, percibíamos verdadera y profundamente que las cosas de las que hablábamos eran absolutamente las mismas, que *la experiencia más profunda era absolutamente la misma*, a pesar de las diferencias.

2. La autoconsciencia creyente se ha expresado en el misterio fundamental cristiano: Dios Padre, conocido mediante el Dios Hijo Jesucristo, en el Espíritu Santo.

Ninguno, sin embargo, ha intentado afirmar la existencia de Dios y dar razón. Siempre hemos escuchado esta afirmación: Dios se ha comunicado, se ha dado, todavía hoy se comunica; nosotros podemos decirlo porque, en su comunicarse, nos ha encontrado incluso a cada uno de nosotros, que le ha respondido. Es la afirmación fundamental de la autoconsciencia del creyente y vertebrada, pues, no su razón teórica (a pesar de que muchos lo puedan formular), sino más bien *un hecho vivido*.

Esta manera de testimoniar a Dios –aunque ha sido ciertamente difícil de comprender porque se esperaba quizá una exposición teórica– es parte sustancial del vivir cristiano, es la afirmación que se encuentra en la base de toda la Escritura y que fundamenta la vida de comunidad cristiana.

Me gusta citar algunas palabras que un no creyente, gran pensador, me ha escrito a propósito de la anterior conferencia en la *Cátedra*:

«He tenido desde el inicio la impresión neta de un abismo entre la presentación hecha de los hombres de cultura no creyentes y aquella de los hombres de fe. He intentado analizar esta sensación y he llegado a la conclusión que, mientras los primeros privilegian la intelectualidad y racionalidad, los segundos apuntan sobre la intuición y sobre un hecho. Cierto, como hombre de ciencia, yo debería sentir mayor afinidad por los primeros; sin embargo, no obstante la fascinación propia del proceso mental, estoy aprendiendo con la edad a desconfiar de la dimensión un poco mítica sea de la cultura o de la ciencia y llevarla a su valor no de fin, sino de instrumento para conocimiento de uno mismo y del mundo».

Luego, yo conozco que Dios existe no pensando o haciéndome ansiosamente la pregunta, sino más bien escu-

chándolo en su comunicarse, haciéndome disponible a cuanto me dice, experimentando su presencia en mí, para nosotros, reconociendo su acción en aquello que de él se me ha comunicado en la vida y en la historia.

3. En nuestros encuentros nos ha sido ilustrado eficazmente qué significa que Jesucristo se haya manifestado como Dios Hijo, nos haya dicho el nombre del Padre (*Abbá*) y su amor por nosotros.

Alguien ha observado que también la palabra «Padre», dicha por Dios, puede equivaler a una fórmula intelectualística, a un concepto.

Es verdad, si se toma el concepto en sí; porque ningún concepto, por sí altísimo, nos puede salvar. Pero la experiencia del creyente no parte de un concepto, sino más bien de cuanto Jesucristo históricamente ha dicho y vivido, hasta la hora de la muerte, cuando lo ha llamado Dios «Padre», justamente en el momento en que le llamaba: «¿Dios mío, Dios mío, por qué me has abandonado?»; Jesús, abandonado a la muerte, después de haber pronunciado la palabra «Padre» durante toda la vida, la vuelve a decir también ahora.

Luego, la tercera característica de una autoconsciencia creyente es la que *nos viene transmitida una experiencia histórica* que, por el don del Espíritu Santo, penetra en el que cree.

4. La última reflexión se refiere al Espíritu Santo y cito, a propósito, un párrafo de una carta que he recibido de vosotros: «La vivacidad y la vitalidad del Espíritu Santo que actúa en el cristiano ha sido intuitiva en general en estas tardes más fácilmente a través de las anécdotas personales que en otros momentos más especulativos y doctrinales». La afirmación, que podría parecer crítica, es sin embargo iluminadora. Es una confirmación de cuanto antes he recordado: *el cristianismo es ante todo vida*

que piensa en sí misma, reflexiona sobre él, escobar sobre las propias razones; no es pensamiento que se vive.

La autoconciencia no creyente

Quisiera citar algunas preguntas aparecidas, que han expresado la conciencia no creyente en mí o en los otros.

1. *Leo un primer escrito:*

«Un Dios personal, que llama, no consigo entenderlo. Cuando leo que el Señor llama a Abram o que santa Juana obedecía a unas voces, doy por descontado que significa otra cosa. Pero cuando le escucho a usted decir que se siente llamado, pienso enseguida que está hablando de una experiencia vivida; pero no sé qué significa, no consigo entenderlo. Percibo claramente que con esa experiencia no me identifico».

Quisiera responder a esta pregunta, sobre la que he reflexionado mucho.

Hablando de una voz, de una llamada, de una interpe-lación, he entendido exactamente hablar de una expe-riencia vivida. Pero no ciertamente al modo de una «voz de lo alto», de la cual algunos son gratificados y otros no; y ni siquiera de una voz «del interior», misteriosa, que sólo algunos perciben.

Hablando de un misterio inalcanzable, que no obstan-te llama y atrae al creyente, no me refiero a experiencias privilegiadas y ni siquiera a vocaciones como aquella de Abram, sino simplemente a la *historia-hebrea-cristiana*, que en su objetividad me alcanza hoy. Esta historia –de un Dios que llama a su pueblo y de Jesús que invita a se-guirlo– en su realidad me interpela y, aceptando el testi-monio, la percibo como clarificadora de los problemas que dan sentido a la existencia humana, de mí y de todos. Ésta es la voz, y me habla de las páginas del Evangelio, de la tradición de la Iglesia; ella me pacifica y me ilumi-

na: entro en la obscuridad cuando dejo de escucharla. Es una voz que, así históricamente definida, se revela estar a disposición de todos, no un privilegio de pocos.

Ciertamente esta voz tiene profundas *resonancias y armonías interiores*; que sin embargo no son la voz. Ella es más bien la voz de Jesucristo que revela al Padre, y el Espíritu Santo nos da, para esta voz interior, armonía.

Podemos, pues, hablar sí de una voz interior, pero no llegada misteriosamente de no se sabe donde. Viniendo de Jesús, de su vida, sufrimiento, muerte sobre la cruz y Re-surrección, ella me alcanza, suscita en mí resonancias y armonías profundas; son, éstas, la voz interior del Espí-ritu, que san Pablo llama «justicia, paz y alegría del Es-píritu Santo» (Rm 14, 17).

El Espíritu Santo es fundamental para la autocon-ciencia del acto de la fe; escuchando la palabra que me in-terpela y respondiéndome, siento en mí una *confirmación interior* de su verdad, porque soy llevado de la paz en la alegría del Espíritu, que tiene en su hacer una fuerza in-dudable. Puede dar lugar a luces y a sombras, solamente en cuanto permanece a veces velada o escondida; pero to-das las veces que la encuentras tiene de nuevo una fuer-za y una fuerza de luz, de alegría y de justicia. A través del camino de respuesta a la interpretación de Dios Padre en gracia del Espíritu Santo, el creyente atraviesa las sombras y la obscuridad de la experiencia de la fe, para apoyar siempre más profundamente el misterio de justi-cia, alegría y paz que nos llega por Cristo en el Espíritu.

Y quiero referirme también a la *confirmación de la vida cotidiana*, cuando en ella, sobre todo en las circunstancias difíciles, me es dado, por don de Dios, comportarme según la palabra evangélica. Entonces experimento que la pa-labra de Jesús, reveladora del misterio inescrutable, es verdadera.

Se trata de una experiencia muy profunda, que no pue-de ser descrita, que hace falta vivirla; y estoy convencido

que para muchos de nosotros, incluso no creyentes, a veces nos ocurre esto.

Pienso en la aceptación de las Bienaventuranzas, que son entre las palabras evangélicas las más improbables y humanamente menos verdaderas: Bienaventurados los que lloran, bienaventurados cuando hablen mal de vosotros; o incluso aquel planteamiento tan improbable como es el perdón de corazón a aquellos que nos han hecho el mal.

Cuando nos alcanza, por la gracia de Dios, surge una chispita por la cual se reconoce que estas palabras, revelación del misterio del Padre en Jesús por nosotros, son verdaderas.

Por eso los mejores testimonios de la voz de Dios que interpela son los hombres y las mujeres de las Bienaventuranzas; como Charles de Foucauld, como el cardenal Newman, como Pier Giorgio Frassati, como muchos que incluso hoy viven con la sonrisa en circunstancias difíciles o casi imposibles.

2. Otra persona me ha escrito:

«En su primer exposición usted en cierto momento ha dicho que la tentativa de reducir la vida de Jesús a puro hecho histórico y racional ha sido posible solamente con la manipulación de datos. Quizá para un creyente que se encuentra frente a un “tú” que lo interpela y que le responde, tal vez incluso con fatiga, es más fácil entender que la vida de Jesús de Nazaret va más allá de una explicación racional y no puede reducirse a esto. Un no creyente, sin embargo, una persona que no percibe este “tú” y no consigue dejarse interpelar, quizá no pueda llegar más allá del hecho racional y de la argumentación histórica».

Y en otra carta se me dice:

«Entiendo, como usted dice, que la orientación positivista aplicada al análisis histórico de los evangelios, no consiga nunca explicarlo todo. Lo que es más problemático es demostrar que aquello que falta, digamos lo que cie-

rra el círculo, se consiga a través de la específica respuesta que dan los creyentes y no por el contrario a través de otras respuestas; o que no se deba por el contrario plantear un gran punto interrogativo, que podría quizás un día encontrar incluso él una solución racional».

Pienso que esta carta, entre otras, ha entendido el problema, que podemos resumir así: hay un *residuo* en el examen histórico de la vida, de la muerte y de la Resurrección de Jesucristo, que resiste a toda tentativa de reducción histórico-crítica; ¿pero no se trata quizá de cualquier cosa ambigua, que no se puede ulteriormente interpretar? ¿Es en todo caso, como se puede decir que es algo sobrenatural, que pide la intervención de Dios?

Para una respuesta amplia necesitaríamos el examen paciente de las páginas del evangelio, de los episodios específicos de la vida de Jesús. Todavía quisiera tener en cuenta aquello que me parece el punto central para clarificar lo que exige la pregunta.

No se trata de examinar un residuo sobrenatural, que permanecería, una vez dada la explicación racional de los hechos; es, al contrario, el testimonio fundamental de los evangelios que, a pesar de toda tentativa de reducirlos, permanece en su sustancia. Nace ahora el interrogante: ¿Qué hacer de estos testimonios? O los niego, pero entonces soy infiel al método histórico, que sin embargo me lleva a decir que ello tiene sustancialmente valor: o al contrario los mantengo, al menos como pregunta frente a la cual necesito tomar posición, como interpelación delante de la cual está llamado a responder.

3. ¿Cómo distinguir la fe del deseo psicológico de querer creer?

Alguien me escribe: «Me nace la desconfianza de no poder entender dónde termina la psicología y dónde comienza la fe».

Esta pregunta nos hace pensar; por qué hay en nosotros un deseo psicológico de confiarse, y de confiarse a un misterio más grande que nosotros. Este deseo, analizado a fondo, nos habla de nuestro ser «oyentes de la Palabra», según la expresión de K. Rahner, de nuestro ser hecho para oír la Palabra.

Sin embargo la esperanza de la fe cristiana no nace de esto, no es el desarrollo de un querer creer, ni la expresión de una necesidad interior. Ella consiste en ser investidos históricamente de la Palabra que nos alcanza, y que se nos presenta con características de autoridad, con el sello de lo alto, sea para los eventos en los cuales se encarna, sea por la resonancia y las confirmaciones que nos suscita dentro.

Se nos ha preguntado el porqué, si la fe es un don, tantos no la tienen, a pesar de desear tenerla como alguno me ha escrito.

Creo conveniente responder que la *fe no es por sí ante todo un don*: la fe es la respuesta libre a la comunicación de Dios, que es un don. Ciertamente, colocándose en el cuadro de las comunicaciones divinas al hombre, ella es también un don, esto es, fruto de la gracia; y si me pregunto qué es lo que me permite cumplir el acto de fe con sus dificultades, sombras y oscuridades, no puede dejar de decir que es un don.

Pero sustancialmente *la fe*, en cuanto mía, es *una respuesta libre* y, como respuesta libre, ningún otro puede darla por mí, ninguno me puede forzar a darla, porque nace solamente de mi interior.

ÍNDICE

¿Todavía existe algo en lo que se puede creer?	5
---	---

PRIMERA PARTE

Los evangelios: ¿Historia o leyenda?

¿Se puede todavía creer en el Evangelio?.....	11
¿Por qué ha cambiado la situación	12
Un largo período de formación	12
Una prehistoria oral	14
Los evangelios, escritos de los creyentes.....	14
Repensar el argumento tradicional.....	15
Las etapas de la formación de los evangelios	16
1. <i>La comunidad de vida de Jesús</i> <i>con los apóstoles</i>	16
2. <i>La predicación de los apóstoles</i>	20
3. <i>Los evangelistas escriben</i>	26
Conclusión	32

SEGUNDA PARTE

Diez palabras claves de la experiencia cristiana

Introducción	37
1. Evangelio	39
2. Conversión	43
3. Fe	47

4.	Bautismo.....	51
5.	Reconciliación y perdón.....	55
6.	Curación.....	59
7.	Cruz.....	63
8.	Dios.....	67
9.	Hijo del hombre.....	73
10.	Resurrección.....	77

TERCERA PARTE

Más allá del muro de la angustia

Introducción.....	83
1. ¿Qué es el muro de las angustias?.....	84
2. «La verdad os hará libres».....	86
3. Cómo he llegado a creer.....	88
4. Acoger a Jesús.....	91
5. Una nueva vida para la ciudad.....	93

CUARTA PARTE

Las razones de mi creer

Introducción.....	97
Las luces de mi camino de fe.....	98
Las sombras de mi camino de fe.....	102
La autoconciencia creyente.....	107
La autoconciencia no creyente.....	110

COLECCIÓN FONDO DE LO HUMANO

1. Y VIO DIOS QUE ERA BUENO
Carlo Carretto
2. SERVIR CON FE Y AMOR
Jacinto Argaya
3. LA FE NO ES LO QUE TÚ PIENSAS
Bernard Bro
4. EL PECADO ORIGINAL • *El pensamiento de la Iglesia*
Jacques Bur
5. EL SUEÑO DE JACOB • *Inicio de un itinerario espiritual*
Carlo Maria Martini
6. HABÉIS PERSEVERADO CONMIGO EN MIS PRUEBAS
Meditación sobre Job
Carlo Maria Martini
7. LA UNIÓN CON DIOS, GRACIA Y PROYECTO
Maximiliano Herráiz García
8. EL TRATO CON DIOS NO TIENE AMARGURA
Carlos Amigo Vallejo
9. PABLO EN LO VIVO DEL MINISTERIO
Carlo Maria Martini
10. LA CRUCIFIXIÓN DE JESÚS
Anna Lisa Di Mascio Lorenzoni